

Coincidencias Históricas

Escritas conforme a las Tradiciones Populares

Por José Gabriel García.

CUATRO PALABRAS

No ha sido la restauración de la autonomía política perdida en 1861 el único resultado obtenido de la revolución iniciada en Capotillo en 1863, que también se han derivado de ella el renacimiento de las letras, más florecientes ahora que en la época pasada, y la rectificación de la historia nacional, depurada ya de muchos errores apasionados que la habían desfigurado.

Obrero poco idóneo, pero consciente, en esta última labor, a la que he consagrado los mejores años de mi vida, no por amor ni por odio a nadie, sino animado por el deseo de rendir culto a la verdad y a la justicia en provecho de las generaciones del porvenir, he publicado varios trabajos históricos más o menos interesantes, sin cuidarme de las alabanzas de los que dejándose llevar del entusiasmo los han juzgado bien, ni del vituperio de los que obedeciendo a las pasiones los han juzgado mal.

Bajo esas mismas impresiones y con idéntico propósito, me decido a aprovechar la oportuna ocasión que me presenta el 47º aniversario de la Separación Dominicana, para dar a luz este pequeño folleto, encaminado a vulgarizar algunas coincidencias históricas que las tradiciones populares me han indicado, en la esperanza de contribuir por este medio a solemnizar los actos públicos con que la posteridad agradecida va a celebrar la apoteosis del prócer Ramón Mella, actor importante en las dos grandes epopeyas que forman el escogido ramillete de nuestras glorias nacionales.

EL AUTOR

Febrero de 1891.



EL HECHO Y EL DERECHO

I

COMENZABA el año de 1822, época en que el pueblo dominicano, guiado por Núñez de Cáceres, acababa de romper los lazos que por más de tres siglos lo habían tenido sujeto a la madre patria, cuando un acontecimiento, si bien previsto de antemano, por el momento inesperado, vino a interrumpir el entusiasmo patriótico que la proclamación de la independencia despertó, y a llenar de nubes oscuras el horizonte político del naciente estado, que aparecía acogándose a la sombra de la bandera colombiana.

El Presidente Boyer, sucesor inmediato de Petión, que había conseguido poco antes unificar la parte francesa con motivo de la muerte del rei Cristóbal, tardó más en saber que la bandera de Castilla había dejado de tremolar en la Torre del Homenaje, que en prepararse para imponer de sorpresa a la parte española la indivisibilidad política de la isla, decretada desde 1816 por la constitución de la República de Haití.

La suerte, siempre caprichosa, protejió decididamente la realización completa de su aventurado propósito, al extremo de que le bastaron treinta días no más, para ofrecer al mundo, por la tercera y acaso por la última vez, el espectáculo sorprendente de una isla que las tradiciones históricas presentaban hasta entonces dividida por lo común en dos partes distintas, cobijada pacíficamente bajo la sombra de una sola bandera: la bandera haitiana!

La facilidad de este triunfo, conseguido con asombro universal, sin haber tenido para que hacer uso de las armas, ni derramar una gota de sangre, no pudo menos de deslumbrar al afortunado conquistador, quien soñando en los trasportes de su entusiasmo, con la posibilidad de hacer de los dos pueblos una sola nación, amalgamando en cuanto fuera posible sus ideas, unificando sus costumbres y confundiendo sus intereses, dictó varias resoluciones atrevidas encaminadas al logro de ese fin, resoluciones que para buscarles mejor aceptación, procuró atenuar con una gracia muy especial: la de conceder a sus nuevos gobernados como favor el derecho de mandar todos los años un número dado de representantes al Congreso Nacional.

Esto fué el día 27 de febrero del año 1822 de triste recordación.....!



II

Desde entonces la parte española de la isla, uncida al yugo opresor de la francesa, que puso en práctica todos los medios imaginables para explotarla y envilecerla, llevándola con una política suspicaz y perversa a la sima de la más profunda decadencia, se vió como por encanto abandonada por sus hijos más distinguidos en las ciencias y en las letras, quienes al cojer rumbos distintos en el ancho campo de la emigración, se llevaron consigo precipitadamente todas las riquezas que alimentaban el comercio y daban vida a las empresas agrícolas.

Cuatro lustros de ignominiosa opresión bastaron para que del esplendor de la Primada de las Indias no quedara sino un recuerdo vano, pues sumida en la pobreza y en el abandono más completo, no presentaba sino un cuadro desconsolador, en sus campos desiertos, en sus puertos solitarios, en el aniquilamiento de su comercio, en la muerte de su agricultura, y en la corrupción de sus costumbres, contaminadas por las reminiscencias de los pueblos africanos que importó el fanatismo de los dominadores.

Empero, comienza el año de 1844, época en que el pueblo dominicano, sacudido por los esfuerzos patrióticos de Duarte, había despertado ya del pesado letargo en que lo sumió el régimen tiránico de Boyer, para pensar resueltamente en la separación absoluta de las dos partes de la isla, con el noble designio de constituir en la española una patria libre e independiente para los dominicanos, que nunca habían gustado de los beneficios de la propia autonomía, sujetos desde los tiempos de la conquista al gobierno colonial, en que eran considerados como parias, pero no como ciudadanos.

En vano pretendieron los dominadores intrusos poner diques a la corriente de la opinión pública desbordada por todas partes, ora apelando torpemente a medidas de rigor imponentes, como para acobardar los ánimos y abatirlos; ora valiéndose de propagandas de mala lei para dividir los pareceres y poder reinar sobre el desconcierto producido por la anarquía. La hora de la emancipación política había sonado ya para los dominicanos, y cuando menos lo esperaba el mundo imparcial, el grito de *Separación, Dios, Patria y Libertad, República Dominicana*, dado por Sánchez en la Puerta del Conde, repercutiendo por doquiera, llevó a las naciones la fausta noticia de que una nueva entidad política acababa de tomar puesto distinguido en el concierto de los pueblos libres, bajo los hermosos auspicios de las instituciones republicanas.



Este acontecimiento portentoso se realizó el día 27 de febrero del año 1844 de gloriosa recordación.....!

III

¡Justicia de Dios! A los veintidós años, justos y cabales, de haber sido sancionada en el hecho la esclavitud política de los dominicanos, quedó afianzada en el derecho su libertad absoluta y con ella la independencia nacional!

¡Loor eterno a los autores principales de tan grandiosa obra!

LA VIDA Y LA MUERTE

I

Era el 16 de julio de 1838, día en que la ciudad de Santo Domingo, primada del Nuevo Mundo, estaba entregada con fervoroso entusiasmo a las fiestas que la iglesia celebra todos los años en memoria de la Virgen del Carmen, tan popular entonces entre los dominicanos.

Con tan plausible motivo, hallábanse reunidos en una de las humildes casas que forma la histórica plazuela situada frente a la Ermita que los fieles han dedicado al culto de la piadosa imagen, ocho jóvenes de esmerada educación y honrosos antecedentes, ocupados cándidamente en animar a la gente del barrio con distracciones inocentes y pueriles.

Esta casa servía de morada a Juan Isidro Pérez, *el ilustre loco*, y a su anciana madre.

II

De repente se presenta en ella, cuando menos lo esperaban, un hombre de aspecto grave, de maneras cultas, de palabra fácil y de mirada ardiente y penetrante.

Unos le conocían ya personalmente y otros sólo de oídas; pero todos a la par se sobrecogieron de respeto al verle llegar y se dispusieron a prestar seria atención a sus razonamientos, siempre meditados y sustanciosos.

Su conversación, que al principio versó simple y llanamente sobre el motivo tan sano que había dado origen a la reunión, recayó muy pronto sobre la situación política del país. Habló con elocuencia de las glorias pasadas, de la humillación presente y de sus espe-



ranzas para el porvenir, y cuando se persuadió de que sus ideas caían en terreno abonado por el patriotismo, no quiso perder la oportunidad, y atrayendo a los ocho jóvenes predestinados al interior de la casa, les comunicó con ardor vehemente los planes revolucionarios que agitaban su cabeza y entusiasmaban su corazón, logrando convertirlos como por encanto en apóstoles de la causa nacional; compromiso solemne que dejaron sellado en el acto con el juramento que hicieron todos en nombre de Dios, de la Patria y de la Libertad, de trabajar sin descanso hasta llevar a cabo la Separación Dominicana y la constitución de un estado libre e independiente en la antigua parte española de la isla.

Este hombre era Juan Pablo Duarte.

III

Organizada bajo tan felices auspicios la Sociedad Trinitaria, cuyos reglamentos autorizaban a sus miembros a iniciar con las precauciones debidas, cada uno a tres neófitos, en los secretos revolucionarios, fuese multiplicando el número de sus adeptos hasta el extremo de abarcar el de toda la juventud del país, sin distinción de clases sociales, la cual unida por los sagrados vínculos de la civilización y del cristianismo, y a despecho de la oposición acalorada de una minoría que no tenía fe en el triunfo de la idea nacional, proclamó la existencia política de la República Dominicana el día 27 de febrero de 1844.

IV

Empero, las pasiones de partido, tan nocivas doquiera que sientan sus reales, hicieron bien presto de la nueva nacionalidad su vil juguete; y convirtiendo a los que estaban llamados a ser hermanos en la patria en enemigos irreconciliables, transformaron el país en un campo de discordias en que la mayor parte de los héroes fueron condenados al martirio; en que el regocijo público hubo de transformarse en profundo abatimiento; en que las glorias nacionales quedaron manchadas por indignas prevaricaciones; y en que las grandezas todas se vieron envilecidas por miserias infamantes y vergonzosas.

En medio de semejante desconcierto no hubo dominicano de valía a quien no tocara su parte de desgracia, porque el que no subió las gradas del patíbulo, sufrió largos encarcelamientos o comió el pan amargo del destierro; la patria llevada de torpeza en torpeza, acaso por los menos competentes de sus hijos, que se habían apode-



rado violentamente de sus destinos, desapareció al cabo sacrificada por la ambición y el egoísmo de un grupo de políticos apasionados; los extranjeros, que ya lo eran los antiguos dominadores, se adueñaron de sus despojos cubriéndola de ignominia con la imposición de un gobierno colonial defectuoso y tiránico; y aunque repuestos los patriotas de la sorpresa de 1861 apelaron denodados a las armas y la presentaron al mundo restaurada a costa de grandes sacrificios, no fue sino para caer otra vez en el insondable abismo de la guerra civil y encontrarse de nuevo amenazada por los mismos peligros que la aniquilaron en su época primera.

V.

Mientras esto acontecía lució el sol del día 16 de julio de 1876; y allá en la ciudad de Caracas, la culta y hospitalaria capital de Venezuela, se vió cruzar por las calles, triste y silencioso, el entierro de un proscrito respetable muerto en la oscuridad y la pobreza. Locos le habían conocido en vida, pero muchos le compadecieron después de su muerte, y manos generosas se disputaron el honor de darle sepultura en tierra amiga, rodeando su cadáver del respeto y de la veneración que merecen los que mueren lejos de su patria por amor a una idea o por respeto a profundas convicciones.

Ese cadáver era el de Juan Pablo Duarte.....!

Treinta y seis años habían transcurrido ya desde que en igual fecha fundó la Sociedad Trinitaria, creadora de la nacionalidad dominicana.

¡Y moría proscrito! ¡Qué escándalo!

VI

Por fortuna la posteridad agradecida no tardó mucho en reparar la ingratitud de los contemporáneos; y el día 27 de febrero de 1884 recibió el ilustre mártir en el acto de la repatriación de sus restos venerandos, la apoteosis reservada por los pueblos libres a sus héroes inmortales.

DOS NAVES CON UN NOMBRE

I

Resultado la obra del 27 de febrero de 1844 de los trabajos revolucionarios iniciados por Duarte en 1838 con la fundación de la Trinitaria, Sánchez no pudo menos de considerar presente al ilus-



tre caudillo en la Puerta del Conde; porque si bien su persona no estaba allí, lo estaban las ideas que había sabido inspirar a todos los patriotas presentes con la luz esplendorosa de su genio y el vigor imponderable de su patriotismo.

De aquí que el primer paso dado por la Junta Central Gubernativa, después de obtener gloriosamente el triunfo con la capitulación del general Desgrottes, último gobernante haitiano, fuera nombrar en comisión al prócer Juan Nepomuceno Ravelo, para que inmediatamente se trasladara en busca suya a la isla de Curazao, donde acababa de llegar de regreso de Venezuela, con el objeto de aguardar la realización de combinaciones proyectadas, que no llegaron a tener efecto, en razón de haber sido necesario anticipar el pronunciamiento para destruir planes políticos, de carácter menos nacional, que una minoría extraviada se agitaba por llevar a cabo.

Para realizar sin pérdida de tiempo la operación necesario era fletar un buque mercante, no teniéndolos todavía de guerra el nascente estado; y el único que se encontró en disposición de viajar, fue un bergantín goleta que hacía el comercio de cabotaje en las costas de la isla, el cual enarbolando la bandera nacional que por primera vez iba a lucir sus vivos colores en los mares americanos, zarpó de Santo Domingo el día 1º de marzo al mando del prócer Juan Alejandro Acosta, que espontáneamente quiso prestar ese nuevo servicio a la causa nacional.

Su viaje no fué tan rápido como los buenos patriotas habrían querido, porque encontró muy flojo el viento y adversas las corrientes, pero al cabo de los trece días señaló en nuestros anales la fecha del 14 de marzo con su feliz arribo al Placer de los Estudios, trayendo para contento de todos al caudillo deseado, quien recibió del pueblo dominicano, en el acto memorable de su desembarco, la ovación más espléndida de que puede haber sido objeto un mortal afortunado al regresar del destierro a los lares patrios.

El buque a que hacemos referencia se llamaba *El Leonor*.

II

Entre tanto pasó el tiempo con rapidez y las discordias civiles echaron profundas raíces en el seno de la familia dominicana, la cual apenas tuvo lugar de dar vítores entusiastas a la Separación, porque el sentimiento nacional se vió muy temprano ahogado en los arroyos de lágrimas y de sangre que manos fratricidas hicieron correr en el suelo de la patria, presa desde la aurora de su vida de la ambición y de las malas pasiones de hijos suyos tan criminales como desnaturalizados.



Como era de suponer, la primera víctima inmolada por el furor de los partidos fué Duarte, el caudillo invicto, quién condenado al ostracismo por una reacción injustificable, ocultó su existencia en una de las selvas más recónditas del continente Sudamericano, donde sin duda habría muerto completamente ignorado hasta de los miembros de su familia, si la anexión de la República a España realizada en 1861, no le hubiera obligado a salir de su retiro, resucitando para la patria y el mundo, dispuesto a poner al servicio de la Restauración lo único que le quedaba de su esplendor antiguo: un nombre puro y sin manchas y un corazón que no había dejado envejecer el patriotismo.

Esto no obstante, las circunstancias no permitieron que la muerte le sorprendiera en el regazo de la patria, y su cadáver fué sepultado por manos generosas en tierra extraña aunque hospitalaria, quedando bajo la sombra de una bandera amiga y al cuidado de dos de sus hermanas que sobrevivían, mientras cambiaban los tiempos o se modificaban las ideas con la extinción de los odios personales, y llegando la época de las reparaciones, la gratitud nacional hacía justicia a sus glorias inmarcesibles.

Esta época llegó por fin y la posteridad agradecida se ocupó en repatriar con honores insignes los restos venerandos que en *tierra de Jugo* guardaba Caracas, la ilustre cuna de Bolívar, como un depósito sagrado. Al efecto delegó el honorable Ayuntamiento de Santo Domingo una comisión de su seno, que contando con la línea de vapores españoles que periódicamente hacía viajes intercoloniales, debía estar de regreso en el Placer de los Estudios, al amanecer del día 27 de febrero de 1884.

Pero la fatalidad se interpuso inopinadamente y los vapores del Marqués del Campo suspendieron sus viajes dejando a la Comisión en Caracas y la combinación completamente interrumpida. Necesario fué entonces solicitar otro buque velero que fuera inmediatamente en pos de la comisión y de las reliquias ya tan deseadas; y el único que se pudo conseguir fué una goleta holandesa de la matrícula de Curazao, la cual hizo el viaje a La Guaira con tanta velocidad que regresó a tiempo de que el día señalado recibieran los venerables restos del caudillo de la Separación, en el solemne acto de su desembarque y traslación a la Catedral, la apoteosis que los pueblos libres reservan para el más grande y el más benemérito de sus hijos.

El buque a que nos referimos se llamaba *La Leonor*.



III

¡Rara coincidencia! Una Leonor había conducido de Curazao al caudillo cuando recibió en vida la ovación espléndida con que sus conciudadanos premiaron sus patrióticos esfuerzos por fundar la nacionalidad dominicana; y otra Leonor condujo de La Guaira sus restos queridos cuando recibió después de muerto la apoteosis con que la posteridad agradecida dignificó su memoria con las nobles ejecutorias de la inmortalidad.

Y ambas naves tenían su historia particular.

El bergantín Leonor, mandado por Juan Evertsz, aportó de Los Cayos las comunicaciones revolucionarias que prepararon el movimiento de La Reforma; triunfante éste llevó a Curazao al general Carrié, gobernante haitiano, quien al capitular con los reformistas buscó garantías personales en el destierro; y después de traer a Duarte al seno de la patria que fundó, fué buque de guerra dominicano bajo el nombre de San José y prestó oportunos y valiosos servicios a la causa de la Separación.

La goleta Leonor había pertenecido tres veces a la marina de guerra nacional: una bajo el nombre de *General Santana*, otra bajo el de *27 de Febrero*, y la última bajo el nombre de *Capotillo*. En todas tres había prestado importantes servicios al país, siendo de los buques que se encontraron en el combate librado en 1849 en las aguas de Los Cayos. También fué transitoriamente buque de guerra venezolano bautizado con el nombre glorioso de *Mariscal de Ayacucho*; no estando demás dejar consignado el dato de que cada vez que volvía a poder de su dueño primitivo, recibía el nombre de *Cleopatra* con que salió por primera vez a los mares, hasta hace poco tiempo en que le pusieron el de Leonor que conserva en la actualidad.

Y ¿habrá quien en vista de ejemplos como éste dude todavía que la mano de la Divina Providencia es la que dirige las cosas de los hombres?

¡Ah! ¡Cuán incomprensibles son sus misteriosos arcanos!

DOS HERMANOS POR LA SANGRE Y LAS IDEAS

I

Corría ya el año 1844 y todo estaba preparado en la parte española de la isla de Santo Domingo para su separación política de la parte francesa.



La opinión pública, esa soberana de los pueblos, se hallaba compacta en ideas y en propósitos; las pocas armas que habían estaban listas; las municiones confeccionadas; los jefes militares indicados y reconocidos; las leyes meditadas; la nueva bandera hecha o inventada; el lema nacional adoptado; los puestos de mayor peligro señalados, y los brazos todos dispuestos para obrar al primer grito o a la primera señal convenida.

Sólo faltaba dar el último toque al plan revolucionario: fijar la fecha e indicar el sitio del primer pronunciamiento. Pero Charles Herard ainé, jefe supremo, se había llevado en rehenes dos regimientos de infantería, el 31 y el 32 de línea, compuestos con pocas excepciones, de dominicanos en su totalidad por el origen y en su mayor parte por las ideas; y era preciso esperar a que regresaran de Haití, no sólo porque se contaba con ellos para dar el golpe sino además para que pudieran servir de núcleo a la organización del ejército nacional.

Al fin llegaron los cuerpos tan deseados cuando menos se esperaba, favorecidos por los últimos acontecimientos realizados en Puerto Príncipe, donde el gobierno los había utilizado para sofocar una insurrección militar de carácter serio. Mas como trajeron junto con los buenos elementos de que estaban formados, la noticia de los planes madurados en abierta oposición al de los separatistas, entre los diputados de la parte española al Congreso Constituyente y el cónsul general de Francia en Haití, se hizo necesario echar a un lado todas las combinaciones proyectadas y precipitar el pronunciamiento antes de que la situación se complicara y las cosas tomaran un mal sesgo.

Elegida por Sánchez la Puerta del Conde y designado el 27 de febrero para desplegar a los cuatro vientos la bandera dominicana, al grito de Separación, Dios, Patria y Libertad, una circunstancia providencial vino a proteger a los patriotas y a facilitarles el medio de ganar la primera victoria sin derramamiento de lágrimas ni de sangre. Devueltos para sus hogares los regimientos haitianos que estaban de guarnición en la ciudad ribereña del Ozama, tuvieron de tomar el servicio de la plaza los cuerpos dominicanos recién llegados, y como le tocara la guardia del Baluarte histórico a un oficial conocedor de los planes revolucionarios, la adhesión espontánea de éste al pronunciamiento, determinó la aparición de la República Dominicana sin otro ruido, a más del que hicieron los disparos lanzados contra Deó Herard, que el de los vítores dados por los vencedores y el de los tiros de alarma que precedieron a la diana memo-



rable que despertó al goce de la libertad a un pueblo que dormía en los brazos de la esclavitud.

Este oficial tan benemérito fué el teniente Martín Girón.

II

Diez y siete años transcurrieron y la obra del 27 de febrero de 1844 llegó al último grado de decadencia política. Personificada la República en un hombre no había más lei que su voluntad omnimoda; la desmoralización había cundido en las filas del ejército vencedor en cien combates; la administración de justicia estaba desvirtuada por las influencias políticas, el comercio empobrecido por las repetidas emisiones de papel moneda sin garantía efectiva; la industria reducida a la ya improductiva explotación de las maderas tintóreas y de ebanistería; el espíritu público abatido por la falta de libertad para esparcirse; y el sentimiento nacional muy debilitado a fuerza de decepciones y de desencantos.

Una reacción poderosa se hacía de todo punto necesaria para sacar al país de la postración en que se encontraba sumido; pero una reacción de carácter nacional, inspirada por el patriotismo y apoyada por la mayoría. Así lo iban comprendiendo ya los políticos de todos los matices, cuando los hombres que dominaban la situación pensaron en conjurar el peligro que los amenazaba con un golpe de estado que les garantizara por tiempo indefinido la participación en el gobierno del país y los redimiera de toda responsabilidad ante la opinión pública por las faltas graves que habían cometido durante su larga permanencia en el poder.

Este golpe de estado fué la reincorporación de la República a los dominios de Su Majestad Católica.

III

Preparada en secreto la anexión española, como obra de un partido político en hostilidad de otro que le era antagónico, asumió desde el principio hasta el fin el carácter de una revolución oficial fraguada por el personal del gobierno contra la autonomía nacional del país cuyos intereses tenía a su cargo; de suerte que surgiendo los pronunciamientos de los cuarteles y de las comandancias de armas, cuando la ciudadanía se vino a persuadir de la certeza de los rumores sordos que venían circulando hacía poco tiempo, pero que Santana tenía el cuidado de desmentir presentándose como garante de la existencia política de la nacionalidad de que se llamaba libertador,



fué cuando esta había desaparecido ya del catálogo de los pueblos libres para incrustarse como colonia en el cuerpo de la monarquía española, cuyas autoridades coloniales acudieron con fuerzas de mar y tierra en apoyo del movimiento patricida antes de que la oposición tuviera tiempo de levantar la cabeza.

El hecho a que nos referimos se realizó el 18 de marzo de 1861, día de imperecedero recuerdo en que ni aun los mismos autores de la tan descabellada trama dejaron de experimentar dolor agudo, enjendrado por tardío remordimiento ya que no por acendrado patriotismo; siendo de las más notables entre las protestas que contra el acto dará a conocer en su día la historia, la del oficial que estaba en guardia en la Puerta del Conde, quien recogiendo del suelo con cariño la bandera nacional que había estado flotando desde las seis de la mañana junto con la española, cuando a las seis de la tarde fué arriada para siempre, según pensaban unos, y temporalmente según esperaban otros, se envolvió en ella derramando copiosas lágrimas para salvarla de toda clase de profanaciones.

Este oficial era el capitán José Girón.

IV

¡Coincidencia admirable! A Martín Girón le tocó en suerte facilitar el 27 de febrero de 1844 el enarbolamiento de la bandera dominicana en la Puerta del Conde; y a su hermano José Girón le cupo la gloria de recogerla en el mismo sitio el 18 de marzo de 1861, como para conservarla pura a fin de que pudiera volver a lucir sin manchas el día de las reparaciones históricas.

¡Ah! ¡Cuán incomprensibles son para los mortales los arcanos divinos!

LA PROFANACION DE UN GRAN DIA

I

Cuatro lustros hacía que la parte española de Santo Domingo soportaba, resignada y tranquila, la imposición violenta del gobierno de la francesa, tan diametralmente opuesto a las ideas y a las aspiraciones de la gran mayoría de sus habitantes.

Con este motivo todo estaba en ella completamente trastornado: las costumbres, por adopción de algunas prácticas tan vulgares como repugnantes que habían introducido los dominadores; la religión, por la mezcla de muchas supersticiones de origen africano recibidas con fervor entre la gente insensata o ignorante; y el idioma, no sólo por el desuso a que lo condenaban su destierro de los actos



oficiales, sino por la introducción de voces extrañas que de continuo tomaban carta de naturaleza en las conversaciones familiares.

Todo había ido desapareciendo como por encanto, al extremo de que no quedaba ya nada que autorizara la esperanza de un cambio radical; ni riquezas, porque la emigración se había llevado los mejores capitales para las antillas vecinas; ni luces, porque el despotismo imperante las había apagado cerrando los claustros de la Universidad, y había hecho imposible los estudios ahuyentando a los hombres de saber; ni espíritu público, porque el enervamiento se había apoderado de las masas populares a causa de la inacción a que las tenía reducidas el régimen opresivo planteado por Boyer con la mira de perpetuarse en el mando.

Sólo la juventud que se había levantado a la sombra de la bandera haitiana era la que tenía fe en el porvenir del país, la que creía posible su regeneración, la que deliraba con verlo libre de la dominación extranjera que lo aniquilaba y envilecía; pero sus ideas, que eran las ideas de Duarte, causaban miedo a las clases conservadoras que no podían echar en olvido las tropelías ejercidas en sus invasiones por Toussaint y Dessalines; pero sus planes, que eran los planes de Duarte, inspiraban desconfianza a los hombres de experiencia que los calificaban con mofas de ensueños infantiles; pero su resolución, que era la resolución de Duarte, robustecida por la de Sánchez, la de Mella, la de Pina, Juan Isidro Pérez y otros más, era interpretada como locura juvenil, como muestra de la exaltación apasionada de imaginaciones calenturientas e irreflexivas.

En semejante estado las cosas llegó por fin un día en que desapareció el sol en el horizonte dejando al pueblo dominicano, que no vivía para el mundo hacía veintidós años, sujeto al yugo depresivo de los mandarines de Occidente; pero cuando volvió a parecer lo encontró dueño absoluto de sus destinos, con las cadenas de la esclavitud rotas en pedazos, la frente erguida y coronada con la aureola de la libertad, el brazo armado para combatir y agrupándose con alborozo alrededor de una bandera que simbolizaba la unión de todas las razas humanas por los vínculos sagrados de la civilización y del cristianismo; *todo esto por obra de un hombre que se consideraba muerto* y de un grupo de jóvenes decididos que se habían propuesto hacer la patria, y habían construído sus sólidos cimientos al proclamar en la puerta del Conde, durante la noche y en nombre del derecho natural, la Separación Dominicana.

Esa noche memorable fué la del 27 de febrero de 1844, y el hombre esclarecido a que nos referimos, Francisco del Rosario Sánchez.



II

Apenas transcurrió un año y la familia dominicana tornó a verse envuelta de nuevo en una situación lastimosa y desesperada. No era ya tiranía de los extranjeros la que la atormentaba haciéndole derramar lágrimas de amargura y de dolor; era la discordia fratricida alimentada por un grupo reaccionario, la que interrumpiendo la reconciliación política planteada por Sánchez en la Puerta del Conde, había desvirtuado los efectos de la revolución separatista condenando a muchos de sus autores al destierro; abriendo negociaciones secretas con las potencias extranjeras peligrosas para la independencia nacional; y lo que es peor, desentendiéndose de los intereses generales del país para poner al servicio de las ambiciones personales el valor y las aptitudes que con mejor derecho reclamaba el porvenir oscuro de la patria.

En medio de un desconcierto tan lastimoso, en que todo había naufragado, la amistad, el deber, las consideraciones recíprocas, el patriotismo, en fin, asomó triste y melancólica la aurora de un día inolvidable, que iba a ser de tortura para la sufrida población que reposa a orillas del Ozama caudaloso. Todas las puertas estaban cerradas o sólo entreabiertas; las familias en general oraban llenas de aflixión; las calles se hallaban poco menos que solitarias; y por do quiera reinaba un silencio sepulcral interrumpido de vez en cuando por el lúgubre tañido de las campanas de todas las iglesias que en imponente concierto daban el toque de agonía!

Pero ¿qué era eso? ¿Qué sucedía? ¿De qué se trataba? ¡Ah! se trataba nada menos que de una ejecución política, del fusilamiento de cuatro dominicanos condenados a muerte por el crimen de haber querido promover en la oficialidad del ejército una manifestación tendente a recabar del gobierno un decreto de amnistía en favor de los próceres que comían el pan amargo del destierro. ¡Qué horror! Pero ¿qué no había influencias sociales capaces de oponerse a un acto semejante? ¿No había tampoco consideraciones del orden moral bastante poderosas como para lograr interrumpirlo? ¿Dónde estaba la religión? ¿Dónde el patriotismo? ¿Dónde el buen sentido de los hombres de la situación?

Nada: todos los sentimientos nobles y generosos se hallaban adormecidos y sólo las pasiones rencorosas hacían oír su desapacible acento, eco del terror, pidiendo venganza y escarmientos. Pero venganza ¿de qué? ¿Por qué tan horroroso escarmiento? ¿Se trataba acaso de enemigos de la patria? Todo era inútil, ninguna reflexión repercutía; el odio personal daba la lei, y el error estaba triunfante.



Las tropas salieron por fin de sus cuarteles conduciendo a los supuestos reos al lugar destinado para el suplicio; pasaron por la Puerta del Conde, sí, por la Puerta del Conde..... y al llegar al histórico rastrillo, los clarines y el monótono sonido de los tambores indicaron a las familias adoloridas que se acercaba el momento supremo en que todas debían caer de rodillas elevando preces al cielo por los que iban a morir. De repente una descarga fatídica hendió el aire anunciando la consumación de la horrible catástrofe y cuatro cadáveres ensangrentados, entre ellos el de una mujer, rodaron por el suelo llenando a los espectadores de miedo y de confusión!

Entretanto la tiranía se sintió orgullosa de su obra de exterminio. No había matado hombres; *creía haber destruido una idea!*

Pero ¡santo Dios! ¿Cuál era el día que se había escogido para llevar a cabo una tragedia tan espantosa?

¿Quiénes eran las víctimas inmoladas en el horrendo sacrificio?

¡Oh crueldad inaudita! El día era el 27 de febrero de 1845, primer aniversario de la gloriosa Separación Dominicana; y entre las víctimas se contaba un hermano y una tía del héroe inmortal de la Puerta del Conde.....!

¡Qué cierto es que las pasiones políticas son malas consejeras y que los hombres que las halagan fabrican con sus propias manos el molde de que ha de servirse la historia para presentarlos con exactitud a las miradas penetrantes de la posteridad!

DOS ALIADOS CONVERTIDOS EN RIVALES

I

Los complicados acontecimientos que precedieron a la realización del golpe de estado del 12 de julio de 1844, produjeron como lógica consecuencia la alianza íntima de dos hombres importantes, que habían de pesar intensamente, por mucho tiempo, en la balanza política de la república.

Nos referimos a Pedro Santana y Buenaventura Báez.

Hombre de acción el primero y de ideas el segundo, se completaron durante un largo período histórico, haciendo valer a la par su influencia decisiva sobre los destinos políticos y administrativos del país.

Las leyes, las combinaciones personales, las evoluciones de partido, las relaciones internacionales, todo llevaba el sello de la mutua aprobación, la marca indeleble del credo, de las convicciones de los dos prohombres, varios en la forma pero uno en la esencia.



En el poder Ejecutivo éste, en los Congresos y en las Embajadas aquél, se apoyaban y sostenían recíprocamente, compartiendo las responsabilidades con entereza, con decisión, sin desconfianzas aparentes, sin reservas conocidas.

Las revoluciones se sucedían unas a otras; los cambios políticos tenían lugar; había prevaricaciones, había deslealtades; pero los dos hombres no se dividían, marchaban siempre de acuerdo, llenando su misión el uno a satisfacción del otro. Ya está dicho, se completaban.

Todavía llegaron los sucesos desgraciados de 1849 con sus complicaciones y sus errores, y las dos influencias aliadas decidieron de la suerte del país, destruyendo la situación creada por el general Jiménez y dando el golpe de muerte al patricio político que la sostenía.

Pero entonces hubieron de trocarse los papeles: la constitución en vigor cerraba a Santana el camino del poder y éste llevó a Báez cogido de la mano hasta dejarlo colocado en la silla presidencial.

Y así se rompió el primer eslabón de la cadena que los unía; porque como el ascendiente que el uno había tenido sobre el otro por la insinuación y el consejo, quiso éste ejercerlo sobre aquél por la imposición y la violencia, la continuación de la alianza fué de todo punto imposible y el rompimiento se hizo inevitable.

Cuando Báez vino a devolverle a Santana las riendas del poder que temporalmente le había confiado, la ceremonia de la entrega no tuvo ya la sinceridad que habría tenido en otros días: no fué sino una comedia.

A lo menos, así quedó demostrado a poco, cuando quitándose Santana, presidente entrante, la máscara del disimulo, dirigió a los dominicanos, el día 3 de julio de 1853, su célebre manifiesto contra Báez, el presidente saliente.

La acritud de los cargos hechos en ese documento; la severidad de la forma empleada para darlo a conocer; los medios puestos en juego para llevar a cabo la medida que en él se trataba de justificar; la inconstitucionalidad del procedimiento; todo contribuía a revelar al mundo imparcial que la discordia había separado para siempre a los dos hombres y que los dos políticos quedaban enfrentados encarnizadamente como rivales.

Si la mano de Santana hubiera caído entónces sobre Báez sabe Dios lo que habría sucedido, cuenta habida de la exaltación en que se hallaban las pasiones; pero como este personaje estaba a la sazón en Azua, su residencia habitual, el aviso que a tiempo le dió uno de sus amigos, le puso en actitud de librarse de toda suerte



de atropellos, pues aprovechando un buque que cargaba maderas en Tortuguero, pudo poner el mar de por medio y buscar un asilo seguro en la isla holandesa de Curazao.

Este buque fué la goleta nacional Ozama, de que era capitán el aventajado marino Juan Enrique Jansen.

II

Como era natural, el rompimiento de Santana y Báez fué causa de graves complicaciones tendentes a aumentar las dificultades que la política interior presentaba a la marcha regular del país; porque desplegada por éste desde el extranjero la bandera de una oposición decidida contra aquél, las circunstancias se presentaron de modo que la reconciliación política de todos los elementos disidentes, dispersos desde la caída de Jiménez, no se hizo esperar mucho tiempo, dando la primera señal de vida en el malogrado movimiento del 25 de marzo de 1855, precursor del malestar que a poco se dejó sentir en la opinión pública, no obstante las medidas rigurosas adoptadas por el gobierno para restablecer la confianza y consolidar la situación.

Las dificultades surgieron como por encanto del revuelto mar de las pasiones sin que nadie pudiera evitarlo, siendo la más grave de todas la que sirviendo los intereses de la oposición presentó al gobierno el representante de España, don Antonio María Segovia, quien dándole una interpretación muy torcida al artículo 7^o del tratado de 18 de febrero de 1855, abrió en su consulado una matrícula tan elástica en el fondo como en la forma, que vino a servir de recurso a los desafectos de la situación, que no tenían más sino irse a matricular para encontrarse exentos de toda clase de servicios y defendidos calurosamente de cualquiera persecución injusta; escándalo inaudito que lejos de inspirar a Santana una resolución enérgica contra el diplomático intruso, le acobardó sumamente al extremo de que, sintiendo pesada para sus hombros la carga del gobierno en momentos tan difíciles, resolvió hacer a todo trance dimisión formal de la presidencia de la República, para retirarse como simple particular a El Prado, su residencia en la provincia del Seybo, en expectativa del desenlace de los acontecimientos.

Este paso determinó sin remedio el desplome completo de la situación, porque no pudiendo el general Regla Mota rehacerla con los elementos que le tocaron en suerte, tuvo que seguir a su turno las huellas de Santana, aunque franqueando primero el camino del poder al elegido de las circunstancias; es decir, a Báez, quien regre-



só del destierro trayendo a su servicio elementos bastantes para haber podido dar a su gobierno el tono y la estabilidad necesarios, si también él no hubiera adolecido del defecto, tan común entre nuestros políticos de alta talla, de darle prioridad a los intereses personales, o lo que es lo mismo, a los intereses particulares del partido que los sostiene, sobre la administración bien entendida de los intereses generales del país.

Por eso, lejos de sentirse fuerte en el mando, temió desde temprano las consecuencias de una reacción poderosa, que creyó fácil de conjurar con solo aprovechar la primera coyuntura que se le presentara para tomar la revancha sacando del país a Santana, su rival declarado, sobre quien debían fijarse naturalmente las miradas de la oposición. Esta oportunidad no tardaron en ofrecérsela con una torpeza sin igual los amigos políticos del personaje caído, comprometiendo infructuosamente su nombre en un conato de revolución fraguado en Neiba, que a pesar de haber fracasado por completo, dió margen al gobierno para confiar al general Cabral la orden de trasladarse con un escuadrón de caballería al Seibo y reducir a prisión al conspirador presunto, de buen grado o por la fuerza.

Cumplida la orden al pié de la letra y puesto Santana en Santo Domingo bajo la custodia del patricio Sánchez, comandante de armas a la sazón, que supo vengarse de la crueldad del verdugo de sus glorias devolviéndole por cada ofensa un favor, no atinaba Báez a discurrir lo que había de hacer con la persona de su peligroso rival. Primero pensó en desterrarlo a la isla de Puerto Rico, ansioso de presentarlo a los ojos de los españoles afeado con el cargo de sus recientes negociaciones secretas con el comisionado norte-americano, general William Cazneau; pero el cuerpo diplomático y consular, que en la república vieja era, puede decirse así, un cuarto poder del estado, gracias a la pobreza de ideas de los políticos de entonces, se opuso a la medida influyendo en que de preferencia se resolviera ponerlo a disposición del almirante que mandaba la escuadra francesa de servicio en la actualidad en los mares de las Antillas.

Así se hizo al fin embarcándolo sigilosamente en un buque de vela, custodiado por el coronel Simón Corso, los comandantes Jacinto Peinado y Juan Andrés Gatón y el ciudadano José María Moreno, quienes debían entregarlo en la isla de Martinica al mencionado almirante en persona; pero como éste había salido con casualidad para La Guadalupe, no se atrevieron a desembarcarlo y hubieron de regresar con él otra vez a Santo Domingo, donde no se creyó prudente dejarle bajar a tierra de ningún modo; motivo por



el cual resolvió el gobierno que el buque levantara anclas de nuevo y se mantuviera dando bordadas sobre la costa pero sin rebasar de la Saona, hasta cierto día convenido en que debía recalar a San Pedro de Macorís, a recibir órdenes; lo que verificado sin faltar en lo más mínimo, dió por resultado que habiendo acudido el marino francés expresamente al saber lo acontecido, se hiciera al cabo el trasbordo del prisionero a la fragata de su mando en el ya histórico Placer de los Estudios.

Pero ¡casualidad sorprendente! El buque en que le tocó a Santana hacer todas las correrías relatadas, fué precisamente la goleta nacional Ozama en que se embarcó Báez a causa de su decreto de proscripción, mandada todavía por el aventajado marino Juan Enrique Jansen.

¡Como se manifiesta en todos estos acontecimientos la existencia de una mano invisible que los dispone a su antojo dirigiéndolos a fines morales e instructivos!

III

Y cuenta que no fué La Ozama un buque así como quiera, sino un buque histórico.

Construída en el astillero de La Ceiba, a orillas del río de que tomó su nombre, fué la primera nave echada al agua después de la Separación. En 1848, cuando la desgracia tocó por primera vez a las puertas de los dos generales hermanos, Antonio Abad y Felipe Alfau, fué la que los llevó a Venezuela; y durante la invasión haitiana de fines de 1855 y principio de 1856, prestó muy buenos servicios a la causa nacional conduciendo tropas, provisiones de boca y elementos de guerra a Azua, y aportando de allí soldados enfermos o heridos y prisioneros haitianos.

Su fin fué trágico: naufragó fondeada en el puerto de Jacmel durante el temporal de 1879.

EL ARTILLERO DE LA PUERTA DEL CONDE

I

Ocupado el histórico baluarte por el grupo de patriotas reunidos en la plaza de la Misericordia para proclamar la aparición de la nacionalidad dominicana, necesario fué prepararlo todo sin pérdida de momento, a fin de comenzar la lucha rechazando con denuedo los esfuerzos que tratara de hacer el general Desgrottes por so-



focar el alzamiento popular, con las tropas que había logrado reunir en La Fuerza.

Armados los revolucionarios unos de machetes, otros con lanzas, éstos con escopetas, aquéllos con espadas, pero muy pocos con fusiles, carabinas y trabucos, la artillería se hacía de todo punto indispensable para asegurar las probabilidades de un buen éxito, en caso de que se ofreciera un lance comprometido.

Arriba, en la planada del fuerte, había dos cañones de a doce montados en muy buenas cureñas, pero sólo estaban provistos de balas en cantidad suficiente, careciendo por completo de atacadores, cartuchos, tacos, metralla, agujas, cebadores y botafuegos. Preciso era, pues, atender antes de todo a proveerlos de estos admi-nículos tan necesarios; y eso no podía ser obra sino de un buen artillero.

Entre los patriotas reunidos no faltaba uno que otro oficial, más o menos entendido en la mecánica y demás detalles del servicio de esta rama; pero entre ellos había uno que se distinguía sobre los demás por su mayor práctica y por la superioridad de sus conocimientos pirotécnicos; y como era de esperarse, no tardó en ofrecerse espontáneamente, lleno de ardiente entusiasmo, para desempeñar el glorioso papel que le deparaba el destino.

Acompañado de tres o cuatro voluntarios que se prestaron a seguirle, desarraja acto continuo las puertas del famoso polvorín de sólida mampostería, destruído hace poco tiempo para construir el mercado del 27 de Febrero; y de sus depósitos extrajo lo que se necesitaba para alistar de un todo las dos piezas de artillería, que dotó a más de municiones bastantes, de sirvientes idóneos y escogidos, poniéndolas después en batería con dirección a la calle del Conde, denominada hoy de la Separación en memoria de los acontecimientos portentosos a que nos venimos refiriendo.

Merced a este servicio prestado con tanta oportunidad, no sólo tuvieron los patriotas pólvora suficiente con que seguir confeccionando cartuchos de fusil por si era necesario hacer uso de ellos, sino que cuando Deó Hérard, el hijo del Gefe Supremo, se presentó cerca de la puerta del Conde, acompañado de su estado mayor, creyendo que podía imponerse con solo su presencia, ya estaban en actitud de hacer frente resueltamente a cualquiera eventualidad, como lo demostraron a poco rato disparando los tres tiros de alarma con que despertaron a la población para que saludara alborozada la primera aurora de la independencia nacional.

Ese artillero de que hemos hecho tan honorífica mención era el subteniente Angel Perdomo.



II

Aproximábase el 27 de febrero de 1881 y la ciudad de Santo Domingo se preparaba alborozada para vestirse de gala y entregarse libremente a la celebración de su gran día. El municipio, las sociedades literarias y de recreo, el gobierno del estado, la iglesia, todo el mundo disponía alguna cosa con que contribuir a animar la población y excitar el entusiasmo patriótico: bailes, maroma, fuegos artificiales, arcos de triunfo, salvas de artillería, música, repiques de campana, solemne Tedéum, gran parada, nada debía faltar en el programa espléndido de la primera fiesta nacional.

Mas en vísperas ya del memorable aniversario, oyóse un día como a las diez de la mañana, una detonación terrible que llenó de consternación al vecindario. Era que se había inflamado la pólvora que empleaban unos cuantos reclutas en hacer cartuchos, comunicándose el fuego a algunos proyectiles que estaban depositados en el mismo salón. Necesario se hacía, pues, apagar las llamas lo más pronto posible, antes de que la conflagración se hiciera general y volara el edificio entero aumentando el valor de las pérdidas y el número de las desgracias. Así lo comprendió el jefe del Parque, quien lanzándose al peligro con el denuedo de un héroe, contuvo el furor de la candela, salvando a algunas de las víctimas que sobrevivían, aunque en miserable estado, y librando al barrio de una catástrofe horrorosa; todo eso a costa del sacrificio de su vida, que puso en inminente peligro para salvar la de muchos que sin su arrojo habrían perecido también.

En vano hizo la ciencia esfuerzos inauditos por devolver a la sociedad y a la patria, sano de sus lastimosas quemaduras, a ese hombre de alma noble, vaciado en el molde de los que saben sacrificarse en el cumplimiento del deber. Un tétano terrible lo invadió con violencia inesperada y en pocas horas decidió de su desgraciada suerte, llevándose a mejor vida en la tarde del 26 de febrero. Sus grandes méritos como patriota, su conducta ejemplar como ciudadano, su honradez acrisolada y su laboriosidad incansable, causa fueron de que desfallecido el entusiasmo público ante el cuadro lastimoso de su muerte, aplazara sus ruidosas manifestaciones de alegría para después que el cadáver fuera inhumado con los honores que le correspondían, no solo por su alta jerarquía militar, sino por la más elevada aun de prócer benemérito de la separación.

Esta fúnebre ceremonia tuvo lugar al amanecer del día 27 de febrero, aniversario del nacimiento de la República, precisamente cuando comenzaba a brillar el sol que había alumbrado la primera



gloria conquistada por el muerto. El acompañamiento, numeroso y serio, que llevaba; el porte marcial de las tropas que, luciendo el uniforme de gala, le hacían los honores de ordenanza; la solemnidad de que el clero revistió las ceremonias y los cánticos sagrados determinados por el ritual; todo contribuía a abatir los ánimos y a conmover a la multitud, que impresionada y respetuosa, vió pasar el féretro por en medio de las calles de palmas y banderas, y por debajo del arco triunfal levantado por el Ayuntamiento frente a su palacio, hasta que el fúnebre cortejo se confundió en las anchas naves de la catedral, donde se hicieron con pompa los oficios religiosos, concluyendo aquel acto tétrico y edificador con la inhumación del cadáver en la bóveda de la capilla grandiosa del Sagrario.

Ese cadáver era el del general Angel Perdomo, el célebre artillero de la Puerta del Conde.

¡Qué gloria tan grande! ¡Murió poniendo el fin de su carrera pública en relación con el principio! ¡Cuán admirable es eso y qué pocos lo consiguen!

LA ULTIMA VOLUNTAD DE COLON

I

Cuna la isla de Santo Domingo de la grandeza de su célebre descubridor, que encontró en ella vasto campo para sus primeras hazañas, teatro espléndido donde lucir las dotes sobresalientes de su ingenio, y abundancia de medios, así morales como materiales, conque demostrar a los reyes católicos que el mundo que respetuosamente ponía a sus pies, no era sólo un mundo de delicias, sino también un mundo de oro; hubo de conservarle en todo tiempo un cariño imponderable, considerándola en sus momentos de inspiración como la hija predilecta de sus ensueños de sabio y de su atrevimiento de marino.

No fué bastante que en ella recibiera viles cadenas de manos de Bobadilla como recompensa de sus afanes por completar el globo terrestre, ni que de sus playas lo arrojara Ovando sin piedad alguna en vísperas de desatarse en los mares embravecidos la deshecha borrasca de que se salvó mediante su previsión y experiencia, para que el desencanto que en el corazón humano suelen producir los desengaños, menoscabara en lo más mínimo su admiración por la tierra encantadora que habría querido hacer completamente feliz, pero que las ideas de la época hicieron en extremo desgraciada.



Por eso fué que al conocer que estaba cercano el fin de sus amargos días, no vaciló en manifestar como su última voluntad, el deseo de que sus restos venerandos descansaran para siempre en el seno de la Primada de las Indias, no importa la distancia a que de ella pudiera sorprenderle traidora la muerte; que no cabía el temor de verse contrariado hasta después de estar ausente del mundo que tanto le debía, en quien no tuvo durante su vida un instante de reposo, ni más goce verdadero que el que experimentó al vislumbrar en el horizonte la tierra cuya existencia había anunciado a las naciones en medio de la oposición sistemática de los teólogos y de los geógrafos.

Habiendo muerto en Valladolid el 20 de mayo de 1506, sus sagrados despojos reposaron allí hasta 1509 en que fueron trasladados a Sevilla y depositados en el Monasterio de Cartujos, mientras las circunstancias, esas leyes fatales de cuyo imperio no pueden librarse los hombres, permitían que se cumpliera su último mandato trayéndolos a La Española, su isla amada, donde a solicitud de doña María de Toledo que quiso ser la portadora de ellos, se les vino a señalar de real orden por enterramiento el presbiterio o capilla mayor de la Catedral, en la que encontraron al cabo de algunos años seguro asilo en una bóveda pequeña cavada cerca de la pared en el lado prominente del evangelio.

Ahí, en esa bóveda tosca y humilde, estuvieron olvidados del mundo y abandonados por los herederos de sus títulos y de sus glorias mundanas por espacio de cerca de tres siglos, sin lápida en la mayor parte del tiempo, ni señales exteriores, pero a salvo de toda clase de profanaciones, hasta que la cesión de la antigua parte española de la isla hecha a los franceses en 1795 por el tratado de Basilea, despertó en el general Aristizabal, jefe de la escuadra de estación en el mar de las Antillas, el deseo de coronar la obra de injusticia hecha por Godoi al despojar a la familia dominicana de su nacionalidad originaria, desposeyéndola también de las cenizas mortales que tenía en depósito en cumplimiento de la postrera voluntad del que en vida las animó en honra de España y provecho de la humanidad.

Acogido fervorosamente el pensamiento del marino español por todas las autoridades de la colonia, así políticas como administrativas y religiosas, decretóse la exhumación propuesta sin reparar en consideraciones de ningún género; y el 20 de diciembre del indicado año de 1795 procedióse a ella con grande aparato y solemnidad, abriendo según consta del acta notarial levantada al efecto, una bóveda que se encontró *sobre el presbiterio* del lado



del evangelio, conteniendo unas planchas como de terciopelo de plomo, indicantes de haber habido caja de dicho metal, y pedazos de huesos de canillas y otras varias partes de algún difunto, todo lo que recojido en una salvilla fué depositado en otra caja muy lujosa, que colocada dentro de un ataúd forrado en terciopelo negro, se determinó embarcarla a bordo del bergantín Descubridor, que debía trasbordarla en la ensenada de Ocoa al navío San Lorenzo, encargado de llevarla a la Habana y hacer entrega de ella a las autoridades superiores de la isla, quienes al recibirla con honores insignes, dieron al mundo testimonio de estar en posesión de las cenizas venerandas de Cristóbal Colón, el célebre descubridor del Nuevo Mundo.

Para la opinión pública su tumba había sido trastornada con este hecho y su última voluntad quedaba desatendida.

II

Empero, sea que la demasiada prisa con que se llevó a cabo la exhumación, tratándose de una sepultura que no tenía lápida ni señales exteriores, dejara dudas acerca de la autenticidad de los restos encontrados, o sea que la injusticia del procedimiento repugnara a la conciencia pública al extremo de desear que no se hubiera realizado, es lo cierto que la tradición se encargó de ir llevando de generación en generación la semilla de la desconfianza respecto a lo acaecido en 20 de diciembre de 1795, porque a más de la prueba que de ello suministra el padre Madrigal en su Diario de Misas, ofrece otra la circunstancia de que en 19 de marzo de 1836 se apresuró el *Noticioso de Ambos Mundos* a reproducir el acta notarial levantada entonces por Hidalgo, en razón de que hacía mucho tiempo que *estaba observando en los periódicos extranjeros ciertas noticias erróneas e imperfectas acerca de la existencia de las reliquias del descubridor del Nuevo Mundo, que inducían a error a la multitud en un país como los Estados Unidos, donde se interesaban tanto las clases por saber hasta las cosas más mínimas de aquel grande hombre, por quien abrigaban la mayor veneración.*

Esto no obstante, esa vaga tradición sólo existía como adormecida en brazos de los aficionados a hacer investigaciones sobre la verdad histórica, cuando en 1877 una circunstancia casual vino a resucitarla dándole importancia a los ojos de la multitud. Reparábase la famosa catedral de Santo Domingo, y a la destrucción del magnífico coro bajo que le servía de elegante adorno, añadíase el propósito de ensanchar el presbiterio, que en otro tiempo había



sido modificado, no para retrotraerlo a su forma y altura primitivas como resultó al fin, sino para colocar el altar mayor en el centro y ponerle el asiento del cabildo eclesiástico detrás, para lo cual era necesario romper parte del pavimento. Hacer escavaciones en suelo dominicano sin dar pábulo a que asome la idea tan generalizada por desgracia, de que debajo de cada piedra hay oculto un tesoro, es cosa por demás imposible. Al punto salieron a danzar los vasos sagrados que dizque enterró el clero para salvarlos de la rapacidad del inglés Drake, y al andarse en busca de ellos se tropezaron las manos con un cofre de plomo muy bien conservado todavía. Aquí están, exclamarían sin duda los que se habían hecho cargo de la inútil faena; pero la ilusión duró poco, porque al tocar el cofre tentador se persuadieron de que no contenía sino huesos humanos: los vasos sagrados quedaban reducidos a los restos de un difunto respetable.

A esta noticia acudieron los curiosos ávidos de ver con sus propios ojos el hoyo abierto en una de las paredes de la sacristía y de examinar los huesos que contenía la caja, hasta que de tanto repetir la indiscreta operación, aquella se hizo padazos y un caballero particular logró sacar de una de las planchas con inscripciones. Estas inscripciones vinieron a revelar que la tumba que se estaba profanando era nada menos que la de don Luis Colón, el nieto del descubridor del Nuevo Mundo. Adquirir esta persuasión y poner coto a las investigaciones ilícitas, todo fué uno. La casualidad había querido sacar del olvido la antigua tradición de que en el presbiterio reformado había tres de los Colones enterrados; y ya no se pensó en otra cosa sino en averiguar si eso era cierto. El obispo de Oropé dió carácter oficial a la apertura de la bóveda en que reposaba don Luis, y el Padre Billini se hizo cargo de seguir haciendo diligencias hasta ver si se encontraban las otras sepulturas.

Después de tres días de estar trabajando en ese sentido apareció una bóveda cerca del ambón del evangelio, pero estaba completamente vacía: los restos que contenía habían sido extraídos. Continuáronse las pesquisas, pero nada aparecía y el entusiasmo desmayaba a fuerza de concebir esperanzas que a poco se veían desvanecidas. Al fin se hizo un esfuerzo más, por puro compromiso, y su feliz resultado reanimó los abatidos espíritus. Al lado derecho de la bóveda vacía se encontró otra llena cerca de la pared. La ocupaba una caja de plomo que al sacársele el polvo espeso que la cubría, dejó ver la siguiente inscripción: *descubridor de la América, primer Almirante*. Al oír la lectura de ella hecha por el Padre Billini, las personas que se hallaban presentes se llenaron de alborozo



y salieron a comunicar la fausta nueva, que como por encanto se esparció al momento por toda la ciudad. Como era natural, la población acudió en tropel, las autoridades fueron convocadas, y el obispo de Orope, acompañado del Padre Billini, sacó de la bóveda la caja con sus propias manos; y examinándola a la vista del público, fué leyendo en alta voz las inscripciones que en ella iba descubriendo. A nadie le quedaron dudas: los restos encontrados eran los de don Cristóbal Colón, el célebre descubridor del Nuevo Mundo.

Su última voluntad estaba cumplida. Los restos suyos no habían salido nunca de la catedral de Santo Domingo: los que Arizabal se había llevado para la Habana eran los de su hijo don Diego, el promovedor de la conquista de Cuba!

UNA FECHA DE TRISTE CELEBRIDAD

I

Resultado el triunfo de la Reforma en la parte española de la isla, de los esfuerzos combinados por la juventud de ambos orígenes, parecía natural que el elemento dominicano quedara alternando con el elemento haitiano en el manejo de los asuntos políticos y administrativos de la república, no solo porque así había sido convenido de antemano, sino porque esa solución era la que estaba más en consonancia con las doctrinas proclamadas en su manifiesto por los revolucionarios de Praslin.

Empero los dos elementos se habían unido para conspirar contra Boyer con reservas mentales completamente distintas: el elemento separatista, animado por el deseo de despertar al pueblo de su largo sueño de veintidós años, lanzándolo a la arena de los combates y de los pronunciamientos para llevarlo con más facilidad a la conquista de la autonomía política; y el elemento sostenedor de la integridad nacional, con el propósito de derribar al coloso que de pié en el poder durante un cuarto de siglo no había hecho nada por la nación, para sustituirlo con otro mandatario, si bien de ideas más liberales, sostenedor de la indivisibilidad política de la isla. De aquí que no bien llegaron auxiliándose mutuamente al punto por todos apetecidos, cuando a causa de la divergencia de sus intereses respectivos, se encontraron de nuevo en desacuerdo y dispuestos a hacerse la más ruda oposición.

Los dominicanos que se habían enfrentado con las armas en la mano á los soldados del gobierno en la tarde del 24 de marzo, promoviendo después desde San Cristóbal el alzamiento de los pueblos



de la banda del sur, en vez de ceder acobardados el terreno que ya tenían ganado, se prepararon para la lucha eleccionaria con un entusiasmo indecible; en tanto que los haitianos, para cuyas aspiraciones en general era una amenaza la actitud asumida por sus contrarios, se apresuraron a reconciliarse, olvidando sus pasadas divergencias, afin de poder garuparse compactas alrededor de la autoridad y sacar vencedoras de las urnas las candidaturas oficiales.

Ambos partidos lucharon haciendo alarde de entereza y resolución; y en esa lucha a todas luces legal, esgrimieron todas las armas, pusieron en juego todas las intrigas y en movimiento todos los resortes políticos y sociales, hasta que el triunfo espléndido obtenido con el voto en la mano por el elemento separatista, vino a señalarles el nuevo rumbo que cada uno debía tomar en la marcha futura de los acontecimientos; al partido vencedor, el camino de la revolución, encarnada ya en el alma del pueblo; al vencido, el de las persecuciones violentas, último recurso de los gobiernos cuando sienten bambolear bajo sus pies el solio deleznable del poder.

Pero antes de pasar al terreno de los hechos creyó Duarte prudente hacer un nuevo esfuerzo por unificar la opinión pública llamando a un acuerdo sincero a la minoría disidente, ansioso de que la idea separatista llegara a ser el único credo político de todos los dominicanos; pero su buena intención, hija de un patriotismo muy acendrado, se estrelló contra el muro de resistencia que le opusieron las pasiones obcecadas; y en vez de la celebración de un pacto de alianza, lo que hubo en la casa de los dos cañones fué un serio rompimiento de hostilidades.

Al día siguiente de haber tenido lugar la célebre reunión, en que no debió reinar sino el espíritu de la confraternidad nacional, ya los planes todos de los separatistas habían sido denunciados sin embozo en *La Chicharra*, a tiempo que un comisionado oficial iba en camino del Cibao en busca del Jefe Supremo, quien alertado desde antes por los avisos de Augusto Brouat, su delegado, había invadido la parte española por las fronteras del oeste, resuelto a tomar las medidas necesarias para mantener incólume la indivisibilidad política de la isla elevada por los legisladores haitianos a canon constitucional.

Por eso fué que tan pronto como recibió, por órgano de Taitain, la noticia alarmante de lo que acontecía a orillas del Ozama, comenzó con la prisión de Mella, Salcedo, Castillo y otros patriotas convencidos, la serie de medidas preventivas con que se propuso desconcertar los planes revolucionarios fraguados por el elemento separatista, que no perdonó ni en Santiago, ni en Moca, ni en



Macorís, ni en Cotuí, poniéndose después en marcha precipitada sobre la capital, que era el centro de la conspiración, de la cual se hizo dueño a la cabeza de un ejército respetable, señalando su entrada a ella con el anulamiento de las elecciones recién practicadas, con la disolución de las comisiones de salud pública, y con la persecución de Duarte, Sánchez, Pina, y Juan Isidro Pérez, quienes calificados junto con Mella de cabecillas principales, se vieron obligados a ocultarse, en tanto que las cárceles se llenaban de prisioneros distinguidos, y el terror manifestaba su faz horrible recordando a las familias aterrorizadas los tiempos luctuosos de las invasiones de Toussaint y Dessalines.

El día nefando en que Charles Hérard ainé pisó como dictador el suelo de la ciudad de Santo Domingo está señalado en los anales patrios con fecha del 12 de julio de 1843 de triste recordación.....!

II

Seis meses poco más o menos trascurrieron y la patria hubo de lograrse al fin a pesar de todas las contrariedades, porque como Sánchez no llegó a embarcarse para el extranjero como sus compañeros, pudo continuar desarrollando con buen éxito la madeja de la conspiración, hasta que obligado el presidente Hérard por las circunstancias a inaugurar su gobierno con la libertad de los presos políticos que se había llevado para Puerto Príncipe y la devolución a sus hogares de los dos regimientos dominicanos que tenía en rehenes, se halló en actitud de precipitar los acontecimientos, proclamando la república en la Puerta del Conde antes de tiempo, pero aconsejado por altas razones de política, con la ayuda de Mella y otros patriotas distinguidos, quienes tuvieron la fortuna de que el movimiento fuera secundado por los pueblos con una espontaneidad digna de aplausos, y con una solidaridad incontestable de miras y propósitos nacionales, que ojalá hubiera podido durar mucho tiempo para honra y gloria de la familia dominicana.

Pero la desgracia no quiso que sucediera así, y a los pocos días de estar flotando la bandera de la cruz, ya la semilla de la discordia había fructificado, empañando el brillo de las primeras victorias con la división, en presencia misma del enemigo común, de los hombres de armas que estaban llamados a combatirlos; quienes en vez de inculcar a las masas ignorantes ideas de unión y de concordia, propendieron a despertar en ellas desconfianzas y recelos que tuvieron de concluir por prepararlas para las luchas fratricidas que tanto daño han hecho en todos los tiempos a la causa nacional.



Duarte y Santana, que sin pérfidos intermediarios habrían podido poner en su lugar el fiel de la balanza de las libertades públicas, el uno con su cabeza y el otro con sus brazos, concluyeron por convertirse en rivales, y sus adeptos por buscar garantías personales en el escalamiento del poder, sin dar tiempo a que la nación se constituyera en debida forma, ni a que la ciudadanía sacara de las urnas pacíficamente al elegido por la opinión sensata para ocupar la silla presidencial.

Proclamado Duarte por Mella en el Cibao, a tiempo que Santana se sublevaba con el ejército que tenía bajo su mando en el Sur, la guerra civil estuvo a punto de desarrollarse en todo el país, y la sangre habría corrido a torrentes, si Salcedo y Mejía no hubieran conjurado el peligro dando la espalda al primero, e inclinando con el peso de la fuerza la balanza del triunfo en favor del segundo, quien sin pérdida de momentos marchó con sus tropas sobre la capital, de la que se hizo dueño señalando su entrada a ella con la disolución de la Junta Central Gubernativa y su proclamación como jefe supremo hecha por el ejército; con la persecución de Duarte, Sánchez, Mella, Pina y Juan Isidro Pérez, que estuvo a pique de perecer a manos de la soldadesca desenfrenada; con el encarcelamiento de un gran número de patriotas distinguidos y el entronizamiento de un sistema de terror tan implacable, que los sicarios pedían a gritos en la plaza pública la cabeza de los presos políticos, y se hacían firmar por las calles manifestaciones pidiendo, ya que no la muerte, la condenación de los próceres a un destierro perpetuo.

Pero, ¡cuántas coincidencias a la vez! La entrada de Santana había tenido lugar al año justo y cabal de la entrada de Charles Hérard aíné: el 12 de julio de 1844. Las víctimas de las persecuciones por él ordenadas, eran las mismas que aquél había elegido para el sacrificio; y los victimarios que lo rodeaban, los mismos que habían rodeado al déspota haitiano.....!

UN ANIVERSARIO TERRIBLE

I

La cesión a Francia de la parte española de Santo Domingo, ajustada y convenida en el tratado de Basilea, sugirió a Toussaint Louverture, que ya estaba adueñado del gobierno de la francesa, el propósito atrevido de ocuparla militarmente antes de que el Pri-



mer Cónsul tratara de darle una organización administrativa distinta a la que tenía el resto de la isla.

Su proyecto necesariamente encontró al principio resistencia en el comisario civil Roume, quien se negó a prestarle apoyo con el fin de mantener a la nueva colonia exenta de las dificultades de todo género en que se hallaba envuelta la antigua; pero compelido por la fuerza de las circunstancias, tuvo al fin de transigir con las pretensiones de su poderoso émulo, firmando en contra de su voluntad, el decreto que determinó la comisión importante del general Agé cerca del gobernador español don Joaquín García.

Este paso inesperado, augurio fatal de las calamidades que amenazaban a la familia dominicana, fué causa de una alarma general y dió margen a un gran número de manifestaciones, tendentes todas a impedir la entrega solicitada por Toussaint, con la mira de ir ganando el tiempo necesario para que llegaran las tropas francesas, cuya venida estaba anunciada, a dar garantías de estabilidad a los intereses políticos y sociales que se veían comprometidos.

Pero el astuto africano que consideraba en peligro su poderío mientras la parte española no tuviera sometida a su jurisdicción y sujeta al orden de cosas por él creado y mantenido, se burló de las precauciones que para contrariar su planes tomaban Roume y García, y levantando un ejército considerable mandado por sus mejores generales, se puso en camino resuelto a imponer a paso de vencedor la indivisibilidad política de la isla, base principal de la duración de su predominio en la colonia, en vísperas ya de segregarse para siempre de la madre patria.

Inútil fué que los dominicanos se esforzaran por oponer sus valientes pechos a las hordas feroces que con las armas en la mano profanaban sus hogares, estableciendo la confusión donde no reinaba sino el orden, la animosidad donde no había sino amor, la ira donde no imperaba más que la templanza. La suerte de la colonia había quedado definitivamente resuelta por los fríos cálculos de la diplomacia de Godoi y sólo la divina providencia podía librarla de la ruina moral a que estaba condenada. Toussaint y sus sicarios vencieron en todas partes, y el triunfo que no les dió el tratado de Basilea, lo alcanzaron con la capitulación que impusieron a don Joaquín García.

Ese pacto fué el que abrió las puertas de la amurallada capital al invasor afortunado, quien al declarar una e indivisible la isla que había servido de cuna a la América, inauguró el nuevo régimen trastornando completamente la manera de ser futura de la colonia, que dejó sometida a un régimen de terror, por el cual se



vieron las familias pudientes condenadas a la emigración, en tanto que las clases desvalidas quedaban a merced de los vencedores sirviendo de pasto a la muerte o a la ignominia.

La entrada de Toussaint Louverture a la ciudad de Santo Domingo, origen de tantas calamidades públicas, tuvo lugar el día 26 de enero de 1801 de inolvidable y triste recuerdo.....!

II

Un año hubo de transcurrir, año terrible en que la administración uniforme de la isla sumió a la parte española en una situación muy aflictiva, ora porque las emigraciones la iban despoblando y empobreciendo; ora porque el régimen opresivo a que estaba sujeta, mantenía a sus habitantes en continua zozobra; ora, en fin, porque siendo el disgusto general, había razones para temer que una imprudencia cualquiera provocara en ella la reproducción de las escenas sangrientas que habían aniquilado la parte francesa.

No quedaba ya, pues, a los dominicanos, más que una esperanza; la de que Napoleón Bonaparte, que tenía en la ociosidad un ejército acostumbrado a batallar, al tener noticia de que Toussaint había convocado una asamblea Constituyente y sometido la isla a una constitución especial, se determinara a organizar una expedición respetable encargada de castigar su osadía y ambición, contando con el apoyo de los pueblos españoles de aquende el Dajabón y el Pedernales, cuya adhesión incondicional no podía ponerse en duda al tratarse de libertarlos del yugo de sus intrusos opresores.

A Toussaint no se le ocultaba que las cosas pudieran tener ese desenlace; y en previsión de esa o cualquier otra ulterior eventualidad, volvió a la parte española a dar más solidez a su ocupación, ya removiendo obstáculos donde quiera que le parecía encontrarlos, ya atrayendo a la gente de color con promesas de libertad e independencia que no había de cumplirles, ya debilitando los elementos que pudieran serle hostiles con medidas preventivas pero aterrorizadoras.

Una de las más atroces que en mala hora concibió entonces, fué la de llevarse en rehenes para la parte francesa el regimiento de Cantabria, que desde 1791 hacía el servicio en las plazas militares. Compuesto no sólo de europeos, si que también de dominicanos que se habían enganchado cubriendo bajas, veía en él un núcleo de resistencia fácil de explotar por sus enemigos en caso de surgir una reacción, y quiso principiar por sacarlo de su centro para aislarlo en terreno desconocido y poder diezmarlo o destruirlo por completo cuando lo considerara como un estorbo.



La noticia de la salida de Francia de la expedición confiada por Napoleón a su cuñado Leclerc, vino a decidirlo de una vez a poner en práctica cuanto antes su inexorable resolución; de suerte que al partir para la banda occidental, donde lo llamaba la necesidad de prepararse para la resistencia, que dejó organizada en la oriental a cargo de su hermano Paul Louverture, echó por delante al cuerpo elegido para saciar su sed de sangre y de venganza, haciéndolo ir a marchas forzadas hasta Puerto Príncipe, custodiado por fuerzas superiores, desde donde lo mandó a pasar por las armas en Verette y otros puntos, para gozarse en la atroz carnicería con la satisfacción de la fiera que logra devorar al cazador atrevido que pretende sacarle de entre las garras la presa que ya ha comenzado a devorar.

La salida de Toussaint Louverture de la plaza de Santo Domingo llevándose el regimiento de Cantabria, condenado ya a subir en masa las gradas del patíbulo, tuvo lugar el día 26 de enero del año 1802 de inolvidable y triste recuerdo.....!

Un año hacía que el nefando invasor había efectuado su entrada por la Puerta del Conde, cuando realizó su salida por ella, dejando de una y otra recuerdos terribles que coinciden con la misma fecha en las páginas de la Historia.....



Nuevas Coincidencias Históricas

Escritas conforme a las Tradiciones Populares

Por *José Gabriel García.*

AL LECTOR

Aunque el patriotismo de los dominicanos tiene propensión a dormirse sobre los laureles del triunfo, después que hace uno de esos grandes esfuerzos con que ha sabido conquistar la admiración del mundo, para no volver a dar señales de vida sino cuando otra necesidad imperiosa se lo impone; como suele despertar a veces en las vísperas de uno de los aniversarios de sus dos más brillantes epopeyas, si bien para caer de nuevo en profundo letargo, se ha venido generalizando la costumbre de reservar la publicación de toda obra nacional de carácter político o literario, para cualquiera de esas épocas de momentáneo entusiasmo, en que el encanto por las glorias patrias renace y el amor a la independencia nacional rejuvenece.

De aquí que la Sociedad de Amantes de las Letras eligiera el 15º aniversario de la Separación para dar a luz en 1859 el primer número de LAS FLORES DEL OZAMA, periódico literario en que hicieron sus primeros ensayos la Perdomo, Zafra y el malogrado Rodríguez Objío; de aquí que el señor del Monte, decano de nuestros hombres de letras, conmemorara el 41º aniversario de la misma epopeya, con la publicación en 1885 de LAS VIRGENES DE GALINDO, leyenda histórica encaminada a levantar el espíritu público, por lo común tan abatido; de aquí, en fin, que yo también me aprovechara del 44º de esos aniversarios, para ofrecer al público en 1888 una colección de los PARTES OFICIALES relativos a las operaciones militares realizadas durante la guerra con Haití; del 46º para publicar en 1890 mi segundo opúsculo sobre la GUERRA DE LA SEPARACION, que viene a ser un complemento del



primero; y del 47º para sacar a la publicidad en 1891 las primeras COINCIDENCIAS HISTÓRICAS que puede encontrar en nuestras tradiciones populares.

Consecuente, pues, con la misma idea; y deseando corresponder a la buena acogida que aquellas obtuvieron, con la publicación de otras nuevas que posteriormente he descubierto, me ha parecido oportuno elegir el 29º aniversario de la Restauración para darlas a luz, en la esperanza de que siendo bien recibidas contribuyan a dar mayor lustre a una de las fechas históricas más gloriosas que registran nuestros anales; el día 16 de agosto de inolvidable memoria.

EL AUTOR.

Santo Domingo, 16 de Agosto de 1892.

DOS GLORIAS EN UNA MISMA FECHA

I

Entre las muchas contrariedades que durante el curso de su penosa existencia ha sufrido con resignación el pueblo dominicano, ninguna es comparable con la que inopinadamente le proporcionó en 1795 la celebración del tratado de Basilea, porque cedido en él a la Francia como un rebaño, en compensación de las conquistas que esta nación había hecho a España en Cataluña y las provincias vascogadas, no sólo se vió de un momento a otro cruelmente abandonado con menosprecio por la madre patria, sino lo que es peor, condenado a unir su futura suerte a la de los habitantes de la parte occidental, envueltos ya en las dificultades sociales que dieron pábulo a su inmensurable desgracia.

Circunstancia grave que dió margen a que las autoridades locales, inspirándose en sanos principios de moral, trataran de poner estorbos a la realización inmediata de una medida que, examinada a la luz de la buena crítica, podía considerarse como injusta y trastornadora; si bien únicamente con el limitado propósito de ganar tiempo, dando lugar a que la reconsideración del asunto por parte del favorito Godoy, árbitro a la sazón de los destinos de España, promoviera una reacción patriótica en las ideas de la corte española salvadora del porvenir de la amenazada colonia. Pero todos los esfuerzos fueron inútiles, porque como su cesión absoluta era cosa que estaba definitivamente resuelta, en virtud de los fríos cálculos



de una política dudosa y timorata, vino a suceder al fin que tras un pesado lustro de agitación y decadencia, en que hubo de verse despojada de todas sus antiguas prerrogativas y amenazada de una despoblación inevitable, cayó por completo en manos de Toussaint Louverture, aborto de la guerra de castas destructora de la parte occidental, que buscaba en la unificación política de la isla la base principal de los planes de rebeldía que de viejo maduraba contra la Francia.

Por fortuna que este triunfo, que al parecer alejaba de los dominicanos toda esperanza de salvación, no tuvo las fatales consecuencias que eran de esperarse, porque habiéndose reconcentrado Ferrand en la parte española con los restos del ejército francés que se salvaron de la destrucción general internándose en ella por las fronteras del Norte encontró en la mayoría de los habitantes, así de las ciudades como de los campos, el apoyo necesario para hacerse fuerte y echar resueltamente los fundamentos de una nueva colonia francesa, que sin duda habría podido rivalizar en riqueza e importancia con la que acababa de perderse, si los asuntos europeos le hubieran dado tiempo a Napoleón para ocuparse de ella y promover su prosperidad y engrandecimiento, atrayéndose por ese medio la adhesión y las simpatías de los naturales.

Mas como por desgracia, lejos de suceder así, estos no tardaron en persuadirse de que la dominación francesa, que habían acogido como una tabla de salvamento al verse naufragando a merced de las huestes sanguinarias de Toussaint Louverture, representaba una amenaza permanente para el porvenir de la colonia, en razón del estado de guerra en que constantemente había de mantenerla con los neociudadanos de occidente, quienes no creían segura la existencia de la nacionalidad que se proponían constituir si no la cimentaban en la indivisibilidad política de la isla, poco a poco fué cundiendo el disgusto público y tomando cuerpo entre las masas el deseo ardiente de buscar en la restauración de la dominación española las garantías sociales que se veían en camino de perder bajo el orden de cosas a que sin su consentimiento se encontraban sometidos.

La oportunidad de llevar a cabo esta justa y natural aspiración, se la vinieron a presentar no muy dilatados los sucesos políticos que provocó en la península la detención arbitraria de la familia real en Bayona, pues preparándose bajo la conducta de don Juan Sánchez Ramírez para responder al alzamiento de la nación española por todos esperado, con un movimiento local dirigido a reconquistar con las armas en la mano para la patria primitiva el



territorio que sirvió de cuna a la colonización del nuevo mundo, lograron hacerlo con éxito tan feliz, que no necesitaron sino nueve meses de luchas y sacrificios, en que el heroísmo corrió parejas con el desinterés y la constancia, para echar heroicamente fuera del sagrado suelo quisqueyano, a los soldados extranjeros que con denuedo inquebrantable pretendieron conservarlo a todo trance para adorno de la corona imperial del primero y más grande de los Napoleones.

Este ruidoso acontecimiento, que la historia registra en sus páginas con el nombre de la Reconquista, quedó consumado con la salida del país de las huestes francesas obligadas a capitular, el día 11 de julio de 1809 de gloriosa recordación.

II

Sin embargo, como no parece sino que estaba decretado que el pueblo dominicano pasara todavía por otras calamidades y otros infortunios antes de que lo alumbrara el sol de la libertad y de la independencia, sus denodados esfuerzos en favor de la reconquista no le dieron los resultados que se propuso alcanzar, toda vez que la frialdad con que la metrópoli recibió su ingreso al seno de la nacionalidad, y la indiferencia con que le pagó su amor nunca desmentido y su tan bien probada adhesión, concluyeron por inspirarle con un arrepentimiento tardío, la resolución de hacer al fin lo que le habría cuadrado mucho mejor al principio: seguir las huellas de las demás colonias hispano-americanas, proclamando también su segregación absoluta de la madre patria, para constituir bajo los auspicios de Colombia el estado independiente de Haití español.

A don José Núñez de Cáceres, el dominicano más ilustrado de su tiempo, le cupo en suerte dirigir los pasos de sus conciudadanos en tan solemne ocasión; pero como las circunstancias, que son el pedestal de las obras humanas, no le fueron favorables, en vez de llevarlos a puerto de salvamento, los condujo a una situación más angustiosa de la que tenían. Superiores los inconvenientes que se le interpusieron a los elementos de que podía disponer, la obra con que debió inmortalizar su nombre se vió lastimosamente malograda; y el naciente estado murió en su cuna para dar vida y robustez a la República Haitiana, que se hizo entonces dueña de la isla entera, a despecho de la ilustrada opinión de uno de sus hombres de estado, que aconsejó a Boyer como más honroso para su nombre y más útil para el porvenir de los dos pueblos que la poseen, la aceptación como aliado de la nueva entidad política, de preferencia a su subyugamiento dándole una muerte prematura.



Cuanta sabiduría encerraba este leal consejo, dictado por la sana razón, que es la fuente en que se inspiran los amantes de la justicia, lo vinieron a corroborar las elocuentes palabras que el infortunado caudillo de la independencia dirigió en son de protesta al presidente invasor, en el acto memorable de la entrega del mando: *siempre han sido de una gran influencia en los políticos*, dijo, *para la constitución de los estados y para la transmutación de diferentes pueblos en uno solo, la diversidad de lenguaje, la práctica de una antigua legislación, el poder de las costumbres que han tomado raíz desde la infancia, y, en fin, la desemejanza de éstas, del mantenimiento, vestido etc., añadiendo por último, no disputo porque los hechos han tenido y tendrán siempre más eficacia para persuadir que las razones*; vaticinio solemne que al cabo de veintidós años de inútiles ensayos hechos en el sentido de llegar a la perfecta unificación política de la isla, declaró Charles Herard cumplido, cuando al dar cuenta a sus compañeros de gobierno del resultado de su visita a la parte española, les hizo esta importante revelación: *en Dajabón, primera población del N. E., he encontrado otro pueblo, otros hábitos, otras costumbres, una lengua extraña a la nuestra; y me he visto obligado, por la primera vez, a servirme de intérpretes en mis comunicaciones con el pueblo.*

Y decía simple y llanamente la verdad, porque los dominicanos no sólo se habían resistido a la fusión política y social que de varios modos habían pretendido imponerle los haitianos, sino que cansados ya de soportar su inícuca dominación, habían acogido con entusiasmo la idea de la separación iniciada por Duarte; como lo demostraron a poco enarbolando el día 27 de febrero de 1844 el pabellón cruzado, símbolo de libertad y redención, no obstante las medidas arbitrarias con que las autoridades quisieron hacer abortar el movimiento y la decidida oposición de una minoría de disidentes, que no tenía fe en los destinos del país, ni confiaba en los elementos de vida propia de que en aquel entonces podía disponer, circunstancia que hacía absolutamente necesario, para que la naciente nacionalidad pudiera emprender con probabilidades de buen éxito la conquista de un porvenir venturoso, que sus miembros todos olvidaran de buena fe las pasadas divergencias, e hicieron en aras del bienestar común el sacrificio de sus rencores personales; pero lejos de suceder así, las pasiones lograron sobreponerse a la razón, y una discordia injustificable vino a matar todas las esperanzas y a destruir todas las ilusiones, transformando en un pueblo de enemigos al que por su mansa índole no debió ser nunca sino un pueblo de hermanos.



Por no haberlo sido dió lugar a que se entronizara en el poder una autocracia peligrosa, que comenzando por ejercer la tiranía en todas sus manifestaciones, concluyó por atentar contra la existencia de la patria, amenazada desde los albores de su vida por intrigas internacionales de mala índole que encontraron preparado el terreno en España para la representación de una farsa capaz de inspirar desprecio si no hubiera tenido su bautismo de sangre. Víctimas del engaño de dos gobiernos que en la operación se propusieron conseguir resultados distintos, los dominicanos y los españoles volvieron a encontrarse sin saber como, cobijados bajo la sombra de la misma bandera y postrados a los piés de la misma soberana; pero esta unión, que no había sido espontánea, sólo tuvo de duración el tiempo necesario para que volviendo en sí de su sorpresa el pueblo dominicano, se aprestara para luchar sin treguas por la restauración de su perdida autonomía.

Apenas habían transcurrido dos años, cuando después de algunos movimientos infructuosos que fueron ahogados en sangre de héroes y de mártires, ya la mayoría del país estaba en armas defendiendo palmo a palmo el territorio en que durante cerca de cuatro lustros había lucido sus vivos colores la bandera nacional, que en vano pretendieron abatir en unión de una minoría inconforme los engañados dominadores, con el sacrificio de muchos miles de preciosas vidas y el despilfarro de muchos millones de pesos fuertes; porque habiendo caído en desgracia la unión liberal, agrupación política autora y cómplice de la impremeditada reincorporación, el partido conservador moderado se apresuró a buscar la justificación de España ante el mundo ilustrado, poniendo fin a una guerra temeraria que le hacía aparecer como usurpadora, con el sometimiento a la aprobación de las Cortes de un decreto de abandono del territorio quisqueyano, cuyos naturales entraron de nuevo en el pleno goce de su perdida independencia y declararon restaurada la existencia autonómica de la República Dominicana.

Este acontecimiento sorprendente, que la historia registra en sus páginas con el nombre de la Restauración, quedó consumado con la salida del país de las huestes españolas, el día 11 de julio de imperecedero recuerdo.

III

¡Maravillosa coincidencia! dos de las tres grandes epopeyas que han ornado de laureles inmarcesibles la frente del pueblo dominicano durante el presente siglo, terminaron del mismo modo y en una misma fecha: la Reconquista, con la retirada del ejército francés,



el 11 de julio de 1809; la Restauración, con la del ejército español, también de ocupación, el 11 de julio de 1865.

¡Honor y gloria a los héroes de ambas jornadas!

PADRES E HIJOS EN EL FUERTE DE SAN LUIS

I

Muy dividida estaba la opinión pública en las comarcas fronterizas, a causa del abandono en que la Metrópoli las tuvo después de la Reconquista, cuando Núñez de Cáceres proclamó la independencia el día 1º de diciembre de 1821: del lado del norte, por los trabajos unionistas iniciados entre la gente de color, de que había sido eco en el Guarico José Justo de Silva; y del lado del Sur, por la propaganda revolucionaria hecha para explotar el mismo elemento por Desir Dalmasí, comisionado secreto del gobierno haitiano.

Así fué que no bien supo Boyer, que vivía acechando la primera ocasión que se le presentara, lo acontecido en la parte española, cuando aprovechándose de tan favorable circunstancia, se apresuró a movilizar lo más granado de su ejército, y sin reparos de ningún género, la invadió en son de pacificador por ambas fronteras, resuelto a sustituir con la bandera haitiana la bandera colombiana enarbolada en lugar de la de Castilla.

La sorpresa causada por este atentado inaudito contra el derecho de gentes, de una parte, y la falta de organización militar, tan necesaria en casos semejantes, de otra, entrabaron la acción del gobierno, apenas acabado de instalar, al extremo de que no teniendo tiempo, ni medios, de arbitrar los elementos necesarios para oponer a los invasores una resistencia eficaz, se atuvo de por fuerza a esperar las proezas que de su cuenta pudiera hacer el sentimiento nacional, confiando más de lo que aconseja la prudencia en el buen sentido de las masas populares y en las gloriosas tradiciones del heroísmo de los tiempos pasados.

Pero este sistema, lejos de dar el resultado que muchos esperaban, produjo efectos enteramente contrarios, puesto que el espíritu de conservación se sobrepuso a toda otra consideración en los habitantes de los pueblos rayanos, los cuales buscaron con un sometimiento al parecer espontáneo, garantías contra los atropellos de que habían sido víctimas sus antecesores cuando las invasiones de Toussaint y Dessalines. De aquí que cundiendo el contagio corruptor, tuviera Tavera imitadores que se encargaran de seguir depejando a Boyer el camino del triunfo, que pudo encontrar alfombrado de



flores, pero flores sembradas por la indiferencia y regadas con el lianto del patriotismo.

Entre todos el que más peso hizo en la balanza de la situación inclinándola del lado de los invasores, fué el coronel don Juan Núñez, quien saliendo de Jacagua con un hijo suyo y dos de sus amigos, uno de apellido Reyes y otro Mercado, reunió un grupo de hombres armados, y a la cabeza de ellos sorprendió la guarnición del fuerte de San Luis, del cual se hizo dueño enarbolando en seguida el pabellón bicolor, en señal de que el Cibao quedaba oficialmente incorporado a la República de Haití.

Este hecho, que sirvió de origen al dicho muy común entre los pocos dominicanos que se haitianizaron, de que *si un Núñez nos había extraviado otro Núñez nos ha salvado*, mató todas las esperanzas e hizo inevitable la ocupación del resto del país, asegurándole a la dominación extraña una existencia de veinte y dos años de tristes y dolorosos recuerdos.

II

Durante ese lapso de tiempo no hubo esfuerzo que no hicieran los intrusos dominadores por darle el carácter de inquebrantable a la solidaridad política que soñaron establecer amalgamando y confundiendo los intereses políticos de los dos pueblos, dominicano y haitiano; pero como estos sólo tenían de común la circunstancia de ser vecinos, puesto que carecían de los puntos de semejanza que necesitan las razas humanas de distinta procedencia para poder vivir en paz cobijados bajo la sombra de una misma bandera, la indivisibilidad nacional de la isla se hizo al fin de todo punto imposible, desde luego que la nueva generación, lejos de acomodarse con el orden de cosas en que se había levantado, comenzó a dar pruebas de que aspiraba a conquistar mejor porvenir del que le ofrecían las retrógradas doctrinas sustentadas de todos modos por los descendientes de Toussaint y Dessalines.

E inútil fué que trataran los mandarines que venían de allende el Dajabón y el Pedernales, de estirpar la semilla revolucionaria que con hábil mano supo Duarte regar entre todas las capas sociales de la familia dominicana; porque de donde menos se pensaba surgían elementos poderosos que contribuían a mantener encendido el fuego sagrado del patriotismo, el cual hubo de irse condensando poco a poco hasta formar la conflagración general que destruyó desde sus cimientos la obra impredictada de Boyer, abriendo paso franco a la creación de la nacionalidad con que soñaron desde la fundación de la Trinitaria los hombres convencidos de febrero.



En situación tan apremiante llegó a creer el General Morissete, gobernador de Santiago, que el ya general Núñez, podía impedir con su influencia que la revolución se generalizara en el Cibao, y tan pronto como supo la adhesión de Moca al movimiento iniciado por Sánchez en la puerta del Conde, mandó en busca suya a Jacagua a una persona de toda su confianza; pero sus esperanzas no tardaron en verse desvanecidas, porque al ir el viejo veterano a descolgar sus armas para ponerse en camino, hubo de caérsele una pistola al suelo, la que al disparar le dejó exánime hiriéndolo en parte noble, de cuyo accidente inesperado perdió a pocos momentos la vida, coincidiendo su violento descenso a la tumba con la arriada gloriosa de la bandera que veinte y dos años antes había enarbolado en el fuerte de San Luis.

III

Treinta años trascurrieron después de este suceso importante y durante ese lapso de tiempo la familia dominicana, víctima del desenfreno de las pasiones, corrió toda suerte de vicisitudes y experimentó toda clase de desgracias, sin que le fuera dado gozar en sana paz de días bonancibles, que tal parece como que más quería destruir para siempre la patria, que conservarla hasta ver si algún día lograba alcanzar un porvenir próspero y risueño.

En medio de ese estado de agitación continua, acontecimientos políticos de carácter puramente local llevaron a uno de los calabozos del fuerte de San Luis a un nieto del general Núñez, y su padre, que era un soldado pundonoroso y valiente, juró ponerlo en libertad aun a costa de la sangre que circulaba por sus venas. Era este precisamente el joven que había tomado parte en el lance de 1822 y sabía muy bien el camino por donde se iba a la fortaleza, de suerte que saliendo de Jacagua con un hijo de Reyes y otro de Mercado, los dos compañeros de su padre, reunió un grupo de hombres armados y al mando de ellos realizó su atrevido pensamiento en pleno día, el 3 de agosto de 1874, burlándose de la vigilancia de la guarnición, que por de pronto se vió casi vencida.

Pero menos afortunado que lo había sido su padre, no pudo cantar victoria como lo hizo aquél, porque reorganizadas las fuerzas del gobierno en virtud de las prontas medidas tomadas por la autoridad legítima, pagó su atrevimiento al precio de la vida, que perdió junto con Mercado, uno de sus compañeros, legando como herencia al hijo amado el tesoro de su ensangrentado cadáver, que éste no abandonó sino cuando fué hecho de nuevo prisionero por los vencedores.



Más de medio siglo hacía que el general Núñez, siguiendo fatal inspiración, se había apoderado del fuerte San Luis para realizar una mala obra, cuando el hijo que joven no pudo negarse a acompañarle, se adueñaba también de él para llevar a cabo un propósito noble aunque osado e inaceptable, que tal parece como que los resultados fueron tan distintos para que pudiera resaltar más a los ojos de la posteridad la diferencia de los móviles que con las armas en la mano hubieron de llevarlos a unos y otros, padres e hijos, al mismo memorable sitio: el histórico fuerte de San Luis.

TRES CASUALIDADES NOTABLES

I

Hallábase en vísperas de total eclipse el sol de la independencia nacional, cuyo disco comenzaba a oscurecer las sombras de las negociaciones secretas que para la reincorporación de la república a la madre patria se llevaban a cabo en Madrid, cuando aventureros norteamericanos ponían el pié en la isla de Alto Velo y se hacían dueños de ella en virtud de una ley inaplicable del Congreso de Washington, con ultraje manifiesto del derecho de gentes y en menoscabo de la integridad del territorio dominicano.

Y no sólo enarbolaban allí la bandera de las fajas y las estrellas en señal de soberanía, sino que ejerciendo esa soberanía se entregaban a la explotación del abundante guano que enriquece aquel suelo, haciendo con avidez cargamentos que dirigían al puerto de Boston, residencia de los capitalistas que habían avanzado los fondos requeridos para poner en práctica la fraudulenta operación, de que tan pingües ventajas se propusieron sacar.

Pero como ya los marinos españoles que navegaban de continuo entre las islas de Cuba y Puerto Rico se consideraban condueños de las costas dominicanas, en posesión de las cuales sabían que iban a entrar dentro de poco, no vacilaron en denunciar el hecho por intermedio del cónsul de su nación, don Mariano Alvarez, al vicepresidente encargado del ejecutivo nacional, quien se apresuró a despachar en la goleta de guerra *Mercedes*, preparada y lista para cualquiera eventualidad, a un jefe de alta graduación de la confianza del gobierno, con instrucciones terminantes para hacer desalojar sin pérdida de tiempo el territorio tan indebidamente ocupado.

Bien hubieran querido los intrusos filibusteros haber podido disputar la posesión de su presa, pero sin fuerzas que oponer a las



que apoyaban la intimación de abandono, ni títulos que hacer valer ante el derecho de la nación dominicana, tuvieron que someterse mal de su agrado al imperio de las circunstancias, arriando sin vacilaciones el pabellón con que se resguardaban, y levantando sus reales para ir a dar cuenta de lo acontecido a sus lejanos poderdantes.

Al autor de este trabajo, que acababa de llegar del destierro, le cupo la honra de dirigir los pasos del comisionado, general Juan Everetsz, con el doble carácter de consejero y secretario que hubo de darle el Poder Ejecutivo.

II

Ocho años transcurrieron sin que los usurpadores de Alto Velo volvieran a dar señales de vida, ya fuera porque la nacionalidad dominicana desapareció temporalmente del catálogo de los pueblos libres, o ya porque el gobierno norteamericano se negara a prestar apoyo a sus absurdas pretensiones; pero después que la patria fué restaurada por el denuedo de sus buenos hijos, las gestiones que con frecuencia hacían en el sentido de promover con su mala causa una cuestión internacional, parece que encontraron al fin eco favorable en la casa blanca, porque en el año 1868, vino el asunto a manos del cónsul de los Estados Unidos, con la súplica de que abriera concepto dando al ministerio la luz necesaria para poder resolverlo conforme a derecho.

Desempeñaba entonces el consulado un hombre bueno, Mr. John Sommers Smith, anciano respetable en quien la piedad era don del alma y el amor a la justicia efluvio del corazón, de suerte que antes de proceder a evacuar su informe, quiso buscar la verdad en buenas fuentes; y como a la sazón tenía la casa llena de asilados políticos a quienes no ofrecía garantías personales el triunfo de la revolución iniciada en Montecristi el 7 de octubre de 1867, se dirigió al que de ellos le inspiraba más confianza por haber firmado junto con él, pocos meses antes, el tratado dominico-norteamericano todavía en vigor, y esta circunstancia le puso en actitud de hacer resaltar a los ojos de su gobierno la razón que asistía a la República Dominicana y la temeridad de las reclamaciones hechas por los pertinaces aventureros, cuyas pretensiones exageradas se vieron completamente desatendidas por la honrada administración del presidente Johnson.

Pero lo más notable del caso no es sino que fué precisamente al autor de este trabajo, cuya firma figura al pié del primer trata-



do con los Estados Unidos que pudo adquirir fuerza de ley, a quien la casualidad le deparó el honor de completar con tan oportunos informes la obra que en beneficio de los intereses patrios había comenzado en Alto Velo desde el año 1860.

III

Empero, como la idea política de la absorción de la América Española, a que ha dado origen una mala interpretación de la doctrina de Monroe, vive muriendo y resucitando en los Estados Unidos, según que son más o menos liberales los principios de los hombres que se suceden en el poder, resultó que durante el régimen de los *seis años*, que tan tristes páginas ha legado a la historia, se puso sobre el tapete de la discusión por parte de ambas naciones y con el apoyo de sus gobiernos respectivos; primero, la continuación del tan debatido proyecto de arrendamiento de la bahía y península de Samaná, promovido torpemente en los últimos días de la administración del general Cabral, que ya antes había sabido rechazar con entereza las proposiciones hechas sobre el particular por el hijo de Mr. Seward; y después, el atrevido plan de la anexión definitiva de toda la república a los Estados Unidos de la América del Norte, considerado por sus sostenedores, en el aturdimiento que causan las pasiones, como la síntesis de las glorias conquistadas el día 27 de febrero de 1844.

Por fortuna que si la realización de la gigantesca empresa no ofrecía grandes dificultades de un lado, a pesar de la oposición representada por el alzamiento de los pueblos del sur, como lo demuestra la circunstancia de haberse hecho trizas la bandera norteamericana enarbolada en los del Este por falta de quien se atreviera a quitarla; del otro era sobremanera difícil llevarla a cabo, no obstante el poderoso apoyo que encontró en el presidente Grant, pues como se vió dentro de poco, la representación nacional, haciendo uso de su soberanía, supo poner fin a todas las negociaciones con una negativa absoluta e irrevocable a aceptar los tratados que habían llegado a firmarse, no dejando a los interesados en el triunfo de la complicada intriga más camino que el de celebrar con una compañía improvisada por aventureros miserables, un contrato único en su género, sobre arrendamiento no solo de las aguas y del suelo sino también de la soberanía inmanente de la península y bahía de Samaná.

Este contrato, que llegó a tener principios de ejecución, vino a ser vulnerable por la falta de cumplimiento de una de sus cláus-



sulas principales, y el gobierno que había sustituido al de los seis años por una evolución política bien inspirada buscó en su anulación nueva base de apoyo en la opinión pública, que siempre se había mostrado contraria a la idea de enagenar el todo o parte del territorio nacional. Pero la reincorporación de Samaná a la masa común de la nacionalidad, determinada por el decreto de rescisión absoluta del violado contrato, era asunto de por sí muy delicado, y en consecuencia se creyó necesario confiarlo a la discreción y prudencia de una comisión especial, la que trasladándose a la capital de la codiciada península en la goleta de guerra *Capotillo*, llevó a cabo inmediatamente su cometido a satisfacción del gobierno que la nombró y del pueblo cuyos intereses puso a salvo de todo peligro ulterior.

Pero ¡rara coincidencia! Al autor de este trabajo, que como en 1860 acababa de llegar del destierro, le cupo también el honor de intervenir en este delicado asunto, nada menos que con el carácter de presidente de la comisión nacionalizadora!

Realmente, sólo Dios sabe como es que pueden resultar casualidades semejantes!

DOS CUNAS EN UNA MISMA FECHA

I

Alumbraba el sol del 25 de febrero de 1816 con los rayos de su luz vivificadora el suelo infortunado de Quisqueya, cuando a orillas del Ozama majestuoso, en la ciudad que sirvió de Cuna a la civilización del nuevo mundo, nació a la sombra de humilde hogar animado por el calor de la fe cristiana, un ser privilegiado a quien la divina providencia, en sus inescrutables designios, tenía reservada para el porvenir una misión tan humanitaria como enaltecedora.

No estaban rotos todavía los lazos que unían a la olvidada colonia con su madre patria, siempre para con ella desdeñosa e indiferente a pesar de sus grandes prerrogativas de primada de las Indias; pero la marcha de las cosas públicas llevaba ya torcido sesgo y la proclamación de la independencia no quedaba a mucha distancia, como se vió al cabo a fines de 1821, en que resultados contrarios a los elevados propósitos de su autor, vinieron a demostrar que no había sabido elegir el momento oportuno, o que los medios escogitados no eran los más a propósito para la realización de una obra gigantesca que demandaba recursos superiores a los que una equivocada previsión había imaginado.



Y fué precisamente esta lamentable desgracia la fortuna del prócer benemérito a quien nos contraemos, porque sumida la patria recién proclamada en el abismo de la ocupación haitiana, necesario fué aguardar a que del seno de la generación que a la sombra del pabellón bicolor se levantara, surgiera como por encanto el grupo de patriotas abnegados que con valor y constancia indescriptibles había de devolver al pueblo dominicano la autonomía nacional que intruso invasor hubo de arrebatarse en hora fatal de desconcierto e infortunio.

Porque si bien no el primero, que sin disputa le corresponde al autor de la idea noble y generosa; ni tampoco el segundo, que de justicia pertenece a su feliz ejecutor; vino a tocarle uno de los papeles principales en el complicado drama de la separación, como muy a las claras lo demuestra, no sólo la habilidad con que supo confundir en su viaje a Haití los intereses encontrados de las dos secciones de la isla en el movimiento revolucionario conocido con el nombre de La Reforma, sino también el atrevimiento sin igual con que llevó a las comarcas del Cibao la propaganda en favor de la causa nacional; los esfuerzos varoniles con que secundó los muy patrióticos del héroe de la Puerta del Conde en la noche memorable del 27 de febrero; la feliz inspiración que bastardas pasiones no le dejaron realizar de que el primer período gubernativo de la naciente república fuera confiado, para honra y gloria de ella, a las manos puras e inmaculadas de su ilustre fundador; la resignación heroica con que aceptó el penoso martirio del destierro por no negar como Pedro a su sabio Maestro en la hora terrible de la desgracia; la hidalguía, en fin, y el denuedo inquebrantable con que sostuvo en el campo del honor como soldado, la independencia que en días propicios ayudó a crear como revolucionario viril e incansable.

Ese hombre a que aludimos, que tan brillante hoja de servicios supo conquistar en el curso de su vida pública, fué como no habrán dejado de adivinarlo nuestros lectores, el prócer distinguido, el bizarro general Ramón Mella de glorioso recuerdo.

II

Empero, antagonismos personales que sólo a la historia cumple aclarar, desarrollados en tiempos calamitosos para la patria, sembraron en el corazón de los partidos la mala semilla de las pasiones, que ofuscan la razón y trastornan las ideas, colocando transitoriamente a nuestro héroe en una pendiente peligrosa, de la que



sin duda habría podido caer no teniendo el alma tan bien templada, como la tenía, al calor de ardiente patriotismo, alimentado por sólidas y profundas convicciones.

Reconciliado en hora fatal con sus antagonistas de otros días, su alejamiento aparente de la agrupación política en que se había formado, no tuvo más duración que la que alcanzaron las circunstancias desgraciadas que lo determinaron, siendo así que tan pronto como concibió Santana la idea funesta de la reincorporación de la República a la madre patria, no vaciló en ocupar el puesto de honor a que le llamaban, a la par de sus honrosos antecedentes, la consecuencia con los principios autonómicos a que siempre rindieron tributo de respeto los hombres del 27 de febrero.

Así fué que como lo hicieron más tarde Francisco Sánchez y Pedro Pina primero, y Juan Pablo Duarte después, sus compañeros de glorias y de infortunios en los triunfos y en las derrotas de 1844, corrió también a buen tiempo a colocarse al pié del pabellón nacional, que en vano le arrebataron casi de las manos arrojándolo ignominiosamente al ostracismo, porque a poco volvió a pisar el suelo patrio resuelto a trabajar por tremolarlo de nuevo, para sostenerlo, como lo hizo, con la espada y con la pluma, en los campamentos y en el gabinete, hasta el supremo instante en que bajó a la tumba envuelto en él gloriosamente, con el doble carácter de apóstol de las dos grandes epopeyas que forman el brillante trofeo de las glorias nacionales: la separación y la restauración.

Esta circunstancia notable que la posteridad agradecida no podía olvidar, causa fué de que andando el tiempo llegara también para el ilustre prócer la época de la justicia y de la reparación histórica de que ya habían sido objeto las dos figuras más culminantes de la patria dominicana, habiéndole tocado a la Sociedad Amigos del Pueblo la gloria de tomar la iniciativa para promover la traslación de sus restos mortales a la catedral de Santo Domingo, desde la heroica ciudad de Santiago en que descansaban, con la pompa y los honores que correspondían a su alta graduación militar y a su elevada significación política.

Acogida la idea no sólo por la ciudadanía, si que también por los primeros poderes de la nación, que en patriótico y armonioso concierto la aplaudieron, todo se dispuso para conmemorar el 47º aniversario de la Separación Dominicana con los actos públicos que debían constituir la apoteosis de uno de sus principales autores, entre cuyos actos debía ser el primero la llegada del vapor de guerra que conducía las venerables cenizas; pero circunstancias imprevistas obligaron al buque a alterar su itinerario y la casualidad quiso que



surgiera en la ría del Ozama el día 25 de febrero de 1890, a los setenta y cuatro años justos y cabales de haber venido al mundo el ser que en vida no hubo sacrificios que no hiciera en provecho de la libertad de sus conciudadanos.

Esta coincidencia maravillosa que deja inscrita en igual fecha la cuna en que el héroe despertó a la vida temporal con la que le dió entrada en el mundo de la inmortalidad, indica muy a las claras que los acontecimientos humanos obedecen a las leyes inmanentes ante cuyo imperio no pueden los hombres sino inclinar la cabeza.

III

Y cuenta que esta coincidencia no es la única que hay de admirar en el presente caso, que a la vez acude a darle fuerza a nuestro anterior raciocinio, la no menos significativa de que cuando en 1884 se llevó a cabo por iniciativa del Ayuntamiento de Santo Domingo, la traslación de Venezuela de los restos de Duarte, el ilustrado caudillo de la Separación, cuya apoteosis estaba preparada para conmemorar el 41º aniversario del nacimiento de la República, resultó también que habiendo abreviado la goleta *Leonor*, que conducía las venerandas cenizas, su itinerario, impelida por la bonanza del tiempo y lo favorable de los vientos, surgió en el Placer de los Estudios precisamente el día 25 de febrero por la mañana, e hizo su entrada en la ría Ozama a la misma hora en que realizó la suya el vapor *Presidente* como si estuviera decretado que a los vínculos que unieron en la vida temporal a los dos próceres, se añadieran otros nuevos que enlazaran más estrechamente sus glorias en la vida imperecedera de la inmortalidad.

